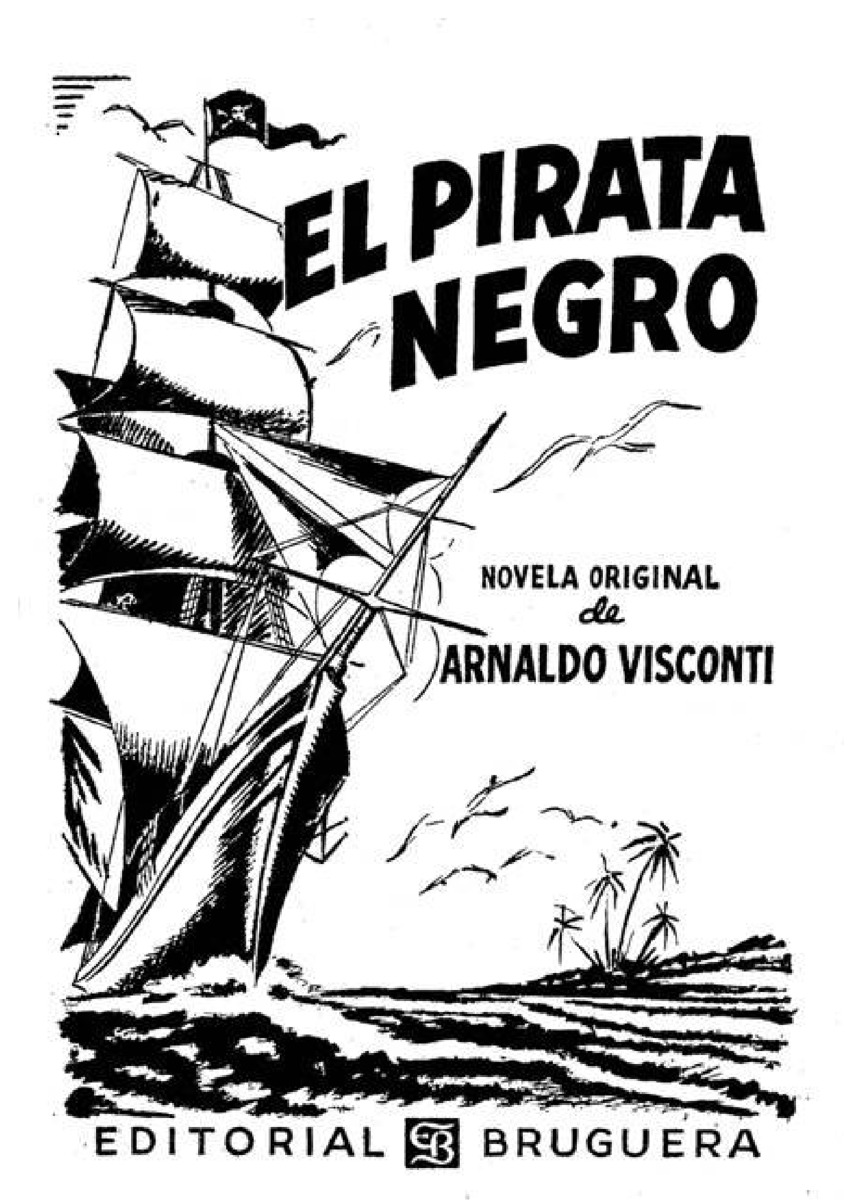
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

LA COSTA DORADA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La costa dorada

Colección El Pirata Negro n.° 61

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


La
COSTA
DORADA

CAPÍTULO PRIMERO

Una breve separación

—No pienso discutir más, porque a nada conduce, ya que a la postre, como siempre, pretenderás tener la razón.

—La tengo, estudiante.

—Eso es lo que me revienta, ¡repámpanos! Esa seguridad con la que das por dogma cuanto dices.

—En este caso, tus mismos rebrincos demuestran que íntimamente estás convencido, don Diego. Hazme la merced de querer comprender que si me lie encadenado a un cargo por el cual mi "Aquilón" navega como un aguilucho cuyas alas están casi plegadas, es para conseguir la magna empresa de que el Caribe sea un mar navegable para toda la grey de honestos mercaderes y viajeros.

—Di mejor que de Pirata Negro te convertiste en Conde Ferblanc, jefe de la Legión del Mar, porque te dijiste: "Ya que no tengo enemigos en el Caribe como pirata, me los buscaré como basurero". Sí, he dicho, basurero.

—¿Qué es eso de basurero, pelirrojo de mis entretelas?

En el balconcillo de proa del "Aquilón", que iba aproximándose a la extensa bahía de Puerto Colombia, el Pirata Negro y Diego Lucientes reanudaban la discusión que habíase iniciado al tener ambos noticia de que, a la altura de las Antillas Francesas, habían sido divisadas tres, naves, capitaneadas, respectivamente, por los famosos Leblond, alias "Mefisto", "Ojos de Plata" —apodo del inglés Graskell-y por el desconocido en el Caribe, Cheij Khan.

—Mal te pese, conde Ferblanc-replicó Lucientes, envarada la cabeza por el dogal de hierro que sostenía y consolidaba sus vértebras cervicales —habrás de admitir que un día te llamó el

Almirante Juan Diéguez, y te dijo... Bueno, más o menos, yo podría reproducir lo que os dijisteis.

—¿Sí? Inténtalo.

Ambos parecían a punto de llegar a las manos, pero íntimamente sentíanse eufóricos al poder de nuevo hallar pretextos para pelear verbalmente.

—Él te dijo: "Mira, Pirata, no seas mal muchacho. He pensado en una faena que te va a ir como anillo al dedo. Te voy a dar una escoba compuesta de seis, naves, y con ella vas a barrer el Caribe de toda inmundicia". Y tú, que siempre tuviste temple de basurero, aceptaste encandilado.

—¿Temple de basurero?

—El que barre las calles para permitir que los transeúntes y viandantes, deambulen sin pestilencias que hieran sus narices delicadas, es un basurero.

—Pues si soy basurero, a mucha honra, ¿te enteras, gandul?

—Si soy gandulea mucha honra, artesano. Antes eras un artista de inspiración libre, que barrías los mares a tu antojo, y ahora eres un artesano que debe trabajar según modelos de antemano diseñados por el Almirante.

—Los años no te han hecho cambiar. Sigues crudo y verde. Y ahora comprendo porqué tenías, aceptación entre las mujeres...

—¿Cómo que tenía aceptación? Tenía y tengo verdaderos éxitos. Mis rizos rojos y mi esbelta figura despepitan a todas las doncellas en estado de merecer, o sea entre los trece y cuarenta y cinco años.

—Si te hacen caso, es porque con ellas no triunfa el hombre viril, sino el que sabe argumentar a lo hembra.

—Ese dardo es ponzoñoso, señor conde.

—Pues ráscate si te pica, que tampoco tú eres manco disparando, maldito lenguaraz. He dicho que argumentas femeninamente, porque como ellas empleas el fácil procedimiento al alcance de cualquier chavalillo de escuela. ¿No oyes a los mocosos discutir? "Tú eres un tal y cual". "Pues tú un cual y tal". Algo semejante ocurre cuando piensas discutir con una mujer, que es como recoger agua con un cesto. "Te acuso de que ayer metiste jabón en la sopa y ajos en la boca". "Pero tú anteayer te sonaste con el mantel". Y el hombre viril es tan elefante que en vez da atenerse al jabón y a los ajos, empieza a acalorarse discutiendo de sus

narices y del mantel, con lo cual termina por no tener nunca razón. En cambio tú, llamándome basurero y artesano, rehúyes el atender a mi acusación de gandul.

—¿Para qué he de trabajar si siempre me ha dado asco y cansancio ver a los demás hincar el codo?

—Prefieres empinarlo.

—¿Tienes alguna oferta como catador de vinos? Trago, y no me hago el remolón.

—En la Costa Dorada hay labor para un hombre de tu desfachatez y especiales cualidades. El otro día, en este sentido, me hablaba el Almirante.

—Don Juanete me es simpático.

—De acuerdo. Por eso manda en mí, y puede intentar mandar en ti.

—Resumamos la cuestión. Ha aparecido Cheij Khan, y tú, para evitar que mi hija se entere, decides que tanto ella como yo, nos vayamos al otro lado del continente...

—A la Costa Dorada, donde el Pacífico baña tierras de maravilla, desconocidas para ti y para mí. Ya oíste al Almirante.

—Sí. En nuestra última entrevista, dijo que puesto que habías barrido excelentemente el Caribe, te iba a dar otra escoba aun mayor para emplearla en el Pacífico, desde el golfo de Panamá hasta la Patagonia.

—Tu prodigio de niña ha hecho grandes migas con mi prodigio de esposa. Les haremos comprender que la separación será breve, y que si tú aceptas el cargo de barrendero de encomiendas, en la Costa Dorada, nos reuniremos cuándo yo termine la actual misión que me imponen con su aparición “Mefisto” y “Ojos de Plata”, sin citar a Cheij Khan, que *inter nos* se queda.

—¿Barrendero de encomiendas? ¿Y qué repámpanos es eso?

—El Almirante te lo explicará.

—¿Por qué no tú?

—Yo no reparto escobas. Doy escobazos, que no es lo mismo.

Al gesto del Pirata Negro, “Cien Chirlos” dio la voz de “¡Anclas”, y, poco después, los dos amigos dirigíanse rectamente a la mansión oficial del Almirante dan Juan Diéguez Rodríguez, el burgalés de rara sonrisa y negros ojos luminosos.

* * *

Juan Diéguez Rodríguez, aunque parco en efusiones, saludó afectuosamente a los dos amigos, cuando éstos, después de ser anunciados por el ujier, entraron en el despacho del “Almirante Lúgubre”.

—Sin más novedad, Excelencia, que la reaparición lejana del pirata Leblond, al mando de tres naves: la Suya, otra capitaneada por su lugarteniente Fenimore Graskell y la tercera tripulada por moriscos y mandada por un pirata novel, de nombre o apodo Cheij Khan.

—Novedad, pues, que retrasa, conde Ferblanc, vuestro viaje a la Costa Dorada. Como ya os expuse en otras entrevistas, la Legión del Mar ha cumplido los fines para los cuales fue creada. Hoy en día el Caribe ofrece seguridades al navegante común. Cuando hayáis ajusticiado a Leblond y sus dos satélites, perdurará la Legión del Mar en el Caribe, pero simplemente como institución de vigilancia. Haréis falta en la Costa Dorada.

—Desearía, Excelencia, que mi amigo lograra comprender más o menos lo qué sucede en la Costa Dorada, porque me acaba de manifestar que le deprime estar inactivo y anhela demostrar que, si se lo propone, es capaz de barrer inmundicias.

—Me place tal estado de ánimo, señor Lucientes-aprobó el Almirante, con evidente satisfacción.

—Puramente esporádico, Excelencia-replicó cortésmente el pelirrojo.

—Pero que se convertirá en habitual cuando conozcáis los infinitos recursos de aventura que alberga la Costa Dorada. Precisamente un espíritu como el vuestro, señor Lucientes, es el más a propósito para desempeñar un cargo especial, qué podríamos llamar Aquilatador de Encomiendas.

—Aquilatar no es mi fuerte, Excelencia,

—Tenéis espíritu crítico, señor Lucientes, y si me toleráis la libertad os diré que he podido conoceros lo suficiente para saber que os encanta cantar verdades y pegar de firme verbal o materialmente a los que, por ocupar un cargo elevado abusan de sus prerrogativas, ¿no es así?

—Creo que estáis en lo cierto, Excelencia.

—Permitidme trazaros en breves líneas la semblanza de la Costa Dorada. También a vos os interesa, conde Ferblanc, porque la

limpieza que el señor Lucientes verifique de tierra adentro, hacia la playa, vos la complementaréis de mar adentro, hacia la costa. Desde que el Caribe se puso peligroso para los piratas, éstos fueron abandonando el antiguo mar de sus mezquinas hazañas, yendo en busca de nuevos antros. Algunos los hallaron hacia el Norte en la tierra de los pieles cobrizas e ingleses. Otros fueron hacia las rutas africanas y los más hicieron un viaje de circunnavegación, descendiendo desde el Caribe hacia el cabo de las Tormentas, doblándolo y remontando hacia el Norte para llegar de nuevo a Panamá, pero por el lado del golfo de este nombre, separado del Caribe por la tierra firme.

Hizo una pausa el Almirante para señalar un mapa de Sudamérica que ante sí tenía:

—Tracemos tres imaginarios cuadrados en este mapa, que abarquen las longitudes entre los 70 y 80 grados y las latitudes 10, 0, 10 y 20 grados de latitud. Obtendremos tres cuadros donde se encerrará el litoral que desde Panamá llega como último punto, al Potosí peruano. Esta es la Costa Dorada, llamada así por su mucho oro. Encierra las maravillosas ciudades de Bogotá, Quito, Cajamarca, Lima, Jauja, Cuzco y Potosí. Sanear aquel Pacífico frente a la Costa Dorada, será empresa que realizaréis fácilmente, conde Ferblanc, organizando allí otra Legión del Mar. Entraré en más detalles cuando terminéis con Leblond y sus dos satélites. Tenéis ya tanta experiencia en bandidaje que para vos resultará agradable el poner las peras a cuarto a los que, huyendo del Caribe, han ido a infestar la Costa Dorada y tendréis allí magníficas ocasiones de saciar vuestra inquieta sed de lucha.

Miró entonces Diéguez a Lucientes.

—En cuanto a vos, señor Lucientes, cuando sepáis lo que son las encomiendas, os gustará el cargo especial que os sugiero aceptéis, y doy casi por seguro acogeréis con alborozo íntimo, porque os dará ocasión de cantar verdades al altivo y merecer la gratitud de los humildes.

—Ocasión propicia para que el más rebelde de los temperamentos acepte la escoba de la limpieza-dijo Lezama.

—Es escoba que enaltece a quien la maneja, señores. No se me escapa que por vuestro temple burlón que quiere ignorar las propias acciones nobles, vos a lo mejor, señor Lucientes, habréis llamado

barrendero al señor conde Ferblanc, ya que este alude ahora a una escoba. Considerémonos, pues, tres barrenderos y yo el barrendero mayor, pues organizo y señalo las limpiezas Y creedme que nunca en mis largos años de marino me he sentido más orgulloso que desde que mi servicio es de limpieza.

—Sanear los horizontes, refresca el cuerpo y el alma, Excelencia —dijo Lucientes, sin asomo de burla.

—Lo comprobaréis, señor Lucientes. Os explicaré lo que son las encomiendas. Cuando en el primer siglo del descubrimiento de América, se quería poner en explotación grandes extensiones de los terrenos conquistados, se hacía el "repartimiento de indios", señalando al agraciado por merced real, según su categoría o sus méritos, cierto territorio en propiedad con el número de indios que lo habitaban, los cuales se constituían, no en esclavos, sino en tributarios del encomendedero. Vuestra sonrisa es explícita, conde Ferblanc. Dais a comprender que oléis los naturales abusos.

—Naturales en la naturaleza humana, Excelencia.

—Desgraciadamente, así es. Todo explotador de negocios es humano y, por tanto, bueno o malo. Unos que abusan del derecho que se las ha conferido; otros que tratan a los indios paternalmente y conviven con ellos en santa hermandad. Pero reinan en grandes extensiones de terreno, en enormes llanuras de cultivo. Ved esta misma tierra de Venezuela, primera donde ejerceréis vuestro especial cargo, señor Lucientes. Al llegar los españoles conquistadores, los indios carecían de necesidades, porque les bastaba con lo que la tierra producía espontáneamente. No sabían trabajarla, porque no les hacía falta para vivir. El territorio costeño, el que más fácilmente podía vender sus productos, se había repartido a los conquistadores de Venezuela y como quedasen en el interior grandes extensiones, que se asignaban a españoles capaces de explotarlas y dignos de tal merced por sus servicios, fueron aumentando las encomiendas, algunas de las cuales, dan a sus patrones categoría de pequeños virreyes. Pero viene la inevitable secuela de tiranías, opresiones y lacras que tan difícil es evitar. Los virreyes nombraron hombres capacitados para inspeccionar, y sancionar con horca si preciso fuera, los abusos. Pero ¿qué sucedía? ¿Lo podéis prever, conde Ferblanc?

—Seguramente, Excelencia. Cuando llegaban los inspectores

nombrados por el virrey, lo encontraban todo como una balsa de aceite y dignamente, sin falsedad, decían que no habían oído quejas ni visto nada abusivo en las encomiendas.

—Lo que ya dijimos, conde Ferblanc. Mis marinos, al son de atabales y clarines, sólo lograban hacer cambiar de guarida a los piratas, pero no hacerles huir definitivamente o exterminarlos. Vos lo lograsteis con fuerzas mixtas, que se infiltraban y por vuestro carácter. ¿Veis, pues, por qué requiero a vuestro amigo el señor Lucientes?

—Perfectamente. Él llevará nombramiento de plenos poderes en el bolsillo, pero aparentemente, dado su rostro de granuja, será un viajero entremetido y no despertará recelos a su paso hacia las encomiendas, donde, por tanto, no podrán amenazar a los indios, ni ponerlo todo en estado de inspección. Será un inspector eficiente, porque le gusta mucho meterse por todas partes.

—Aprendí este arte, Excelencia —intervino Lucientes— gracias a las continuas lecciones de mi maestro, el señor conde Ferblanc.

—Entonces sabréis triunfar.¿Aceptáis?

—Agradezco que confiéis en mí, Excelencia. Precisamente, a mi hija y a mí nos conviene un cambio de ambiente. La dejaré a ella en una capital, en espera de que se nos reúna el señor conde y su esposa, y fisgonearé con frenesí en estos principados de pequeños emperadores, llamados encomiendas.

—Será una breve separación, ya que nuestro amigo pronto dará cuenta de los piratas Leblond, Graskell y Cheij Khan.

Miró de pronto Diéguez al Pirata Negro y le espetó:

—¿Qué rencilla personal tenéis con el llamado Cheij Khan?

—¿Yo —replicó interrogante Lezama, extrañado.

—A la altura de la isla Martinica, unos pescadores recibieron de manos de un joven árabe, vestido suntuosamente a la española, un extraño cartel de desafío. Vedlo.

Y quitó Diéguez un tapete que cubría algo que estaba sobre la mesa.

Veíase que eran maderos que habían sido cubierta de tosca mesa tabernaria. En ella, clavado por un cuchillo, aparecía un rugoso pergamino, donde, con letra ancha, se leía:

“Al conde Ferblanc:

“En el lugar, día y hora que elijas,

te reta Cheij Khan,
por cobarde y traidor a tu casta".

Silbó entre dientes Lucientes, mientras Lezama sonreía.

—¿Traidor a mi casta? ¿Qué sabrá ese jovenzuelo de cuál es mi casta? ¿Qué haríais vos en mi lugar, Excelencia?

—Los dragones de tres cabezas, pierden fuerza cuando se les cortan primero las mayores.

—Eso pienso. Cuando termine con Leblond y Graskell, me las entenderé con ese perillán aficionado a bravatas, y se comerá ese cartel pedacito a pedacito. Ya no soy el impetuoso pirata que bebía los vientos por dejar bien sentado que aceptaba toda clase de retos. Tendrá el mozo su merecido a su tiempo. No iré por él antes de haber terminado con Leblond y Graskell, pero si se me tercia en el camino, le abriré en canal.

—¿Os picó, señor conde? —preguntó Lucientes sarcástico.

—El que se rascará será él. Y perdonad estas vulgaridades, Excelencia. Seguramente los pescadores trajeron ese cartel muy a gusto, ¿no es así?

—Error. Lo trajeron y les di recibo escrito, porque Cheij Khan tomó en rehenes al joven hijo de uno de ellos.

—¡Valiente canalla! —se indignó el Pirata Negro.

—Los pescadores estaban asustados, porque decían que nunca habían visto a ningún ser humano que tan joven como lo es el Cheij Khan, pudiera ostentar en sus ademanes, mirada y palabras tanto desdén inexorable. Les dijo que devolvería al niño cuando a su regreso le constara que su cartel había sido entregado.

—Creo, Excelencia, que modifico mis propósitos. Voy a la caza de Cheij Khan.

—Como dispongáis. Y a vos, señor Lucientes, cuando decidías poneros en camino hacia Bogotá, os entregaré vuestros poderes, que sólo yo y vos conoceremos. Vuestra hija hallará magnífica compañía en la mejor sociedad de la capital. Tengo allí una lejana pariente, que se desvivirá por atenderla, mientras dure la breve separación de vuestra hija y la marquesa de Ferjus, que depende de la mayor rapidez con que nuestro común amigo el conde Ferblanc, extermine a los piratas Cheij Khan, Leblond y Graskell.

Capítulo II

Una media luna creciente

—¿Por qué no dejaste que mi padre viniera a bordo conmigo, Cheij Khan?

En un francés balbuceante, el niño de ocho años acababa de dirigir su pregunta, al que, sentado ante él, parecía absorto en reflexiones desconcertantes.

Cheij Khan estaba desconcertado. Cuando al arribar a la islita que formaba uno de los pedruscos avanzados de la Gran Montaña Pelada de La Martinica, había cogido del interior de una chalupa anclada, al niño que ahora tenía ante sí, había manifestado a los horrorizados pescadores inmóviles de miedo, ante los diez moriscos que sable en mano, les vigilaban, que cuando ellos entregaran el cartel de desafío en Puerto Colombia al conde Ferblanc o al Almirante Diéguez, él, a su regreso por el islote, les devolvería el infante que ahora se llevaba prisionero.

Había añadido, que el incumplimiento de tal misión o el avisar a fuerzas marinas para tratar de apresar el velero en que ondeaba un pabellón con la media luna, supondría la muerte del niño.

Pero cuando de nuevo se hizo a la mar el “Islam” y el niño encerrado en el camarote de Cheij Khan, empezó a llorar y gritar, éste sintióse muy capaz de matar antes de tiempo al chillón.

Pero algo extraño le sucedió. Vio de pronto en la imagen del niño lloroso su propia imagen de niño huérfano. Era algo borroso el recuerdo de su infancia, pero se supuso abandonado e inerme en manos del domador Bu-Djema, en cuyo antebrazo izquierdo aparecían tatuados unos signos cabalísticos, que según le había dicho, constituían un amuleto de suerte mahometana.

Y cerciorado de que cerrado el camarote, nadie podía oírle ni

verle, halló inesperadamente palabras dulces, para tranquilizar al niño.

Jeannot, que así dijo llamarse el hijo del pescador, tardó en serenarse, pero al fin, creyó que el joven de vestiduras bonitas y rostro sosegado, le había llevado tan sólo para hacer un viaje.

Y pasados varios días, Jeannot se había aficionado a su raptor y Cheij Khan sentíase íntimamente desconcertado y avergonzado porque hallaba una tibia y cálida dulzura en la manecita del niño cuando éste, como ahora, le cogía la diestra preguntándole cosas ingenuas, a las que Cheij Khan daba respuestas aun más ingenuas.

—No traje a tu padre también, porque él tiene que trabajar. Tú no, ya que eres niño… ¡Y no deberías nunca crecer, Jeannot!

—¿Por qué?

Te convertirás en hombre y serás malo.

—Mi padre es un hombre y es bueno. Tú eres hombre y eres bueno. Me sabes decir cosas que nunca oí, Cheij Khan. Cuéntame otra vez la leyenda de la princesa morisca que se enamoró de un cervatillo, que era un valiente guerrero disfrazado.

Y el joven capitán del “Islam” temido por un centenar de piratas joasmes y pesadilla secreta del audaz Narcisse Leblond, hallaba inesperadamente candideces de niño para extasiarse contemplando los abiertos ojos azules del infante que le miraban atentos y maravillados.

* * *

Narcisse Leblond había señalado el islote donde Cheij Khan se apoderó del hijo del pescador, como segunda escala de aprovisionamiento al regreso del “viaje de engaño”, como calificaba el rodeo que daba al primer arco de las Antillas francesas, en fingimiento de busca de entrada al Caribe.

Reunido con Graskell, en la playa, mientras los piratas dedicábanse a transportar barriles de agua renovada, fruta fresca y pescado, comentó:

—Ese árabe es una fiera sádica.

—¿Por el hombre que tiene enjaulado?

—No. Por la forma en que ha bajado de su “Islam”, llevando en brazos al niño. Parecía un amoroso padrecito y seguramente, en vez de devolverlo a los pescadores, le rebanará el gañote ante los ojos de los que esperan.

Se extendió Leblond en consideraciones de otro orden, ya que él y su lugarteniente estaban completamente de acuerdo en que la vida o muerte de un niño, era incidente absolutamente sin importancia.

—Ahí vuelve el hombre de la media luna-dijo de pronto Leblond.

Por la blanda arena, avanzaba Cheij Khan. Había recogido de manos de un anhelante padre el recibo escrito por el cual el Almirante Diéguez daba fe de haberle sido entregado un cartel de desafío que en su día pondría en manos, del Interesado.

Y habíase alejado sintiendo dos emociones encontradas. La que le había producido el rugido anheloso con que el pescador se había abalanzado a abrazar a Jeannot y los clamores de Jeannot protestando porque “su mejor amigo se iba”.

—Buenos días, capitán Leblond. —Y ante los dos piratas, Cheij Khan olvidó su reciente humanidad y ternura—. ¿Te duelen las muelas, Graskell? Más que nunca parees estar tragando vinagre.

—El verte me produce asco joven morisco-replicó, ceñudo, el inglés, impasible, pero rezumando odio.

—Sentimiento recíproco perro inglés —replicó amablemente Cheij Khan, mirando hacia las tres naves

Narcisse Leblond señaló hacia el “Islam”:

—Es hermoso tu pabellón, “Charcal”.

—La media luna borda la en azul estrellado, excita el sentimiento poético de los joasmes.

—Es creciente.

—No. Es media luna, el símbolo de los mahometanos.

—Digo que es creciente, porque su capitán piensa que en la noche del Caribe llegará a dominar la luna llena del “Islam”.

—¿Volvemos a las andadas, capitán Leblond? Me honra el que te preocupe un pirata novel.

—No puedo dejar de lamentar tu obcecación de soberbia dominante.

—No tengo deseos de prolongar la conversación, capitán Leblond. Nada nuevo me enseñarías. Dame instrucciones y guárdate tus comentarios.

—A la orden-fingió ironizar Leblond —. Ya que te proporcioné barco y mando, debo atenerme a sacar provecho de ello, mientras

puerta. Graskell regresará al acantilarlo de Botá. Yo anclaré en el delta del Orinoco, y tú en el lugar que elijas del delta. Saldremos de aquí juntos, para separarnos a la altura de Las Lobeznas. Volveremos a reunimos, cuando regreses con la prisionera marquesa. Entonces, poseyendo este señuelo, podremos hostigar la Legión del Mar. La marquesa Mireya de Ferjus será la que en nuestro poder nos dará el triunfo.

—Concedes mucha importancia a la marquesa.

—Si, como supongo, el conde Ferblanc viene a rescatarla o a entregarse, la Legión del Mar queda, desmoralizada.

—¿Por qué?

—Es una fuerza mixta, que sólo un pirata renegado del calibre de Ferblanc, puede aunar y mantener en orden.

—Ved que sólo a dos hombres respetas, Leblond. Al conde Ferblanc y a mí.

Narcisse Leblond sonrió aviesamente:

—Al conde Ferblanc le obligaré a lamerme las botas. ¿No deduces, nada de esta seguridad?

—Quieres manifestarme la posibilidad de que yo también bese la piel que cubre tus pies. Oí en español una expresión de boca de un madrileño pelirrojo, que te viene pintiparada. Decía: “Límpiate, que estás de huevo.

—¿Y significa...?

—Que te evitarás una amarga desilusión si empiezas a pensar que tu lengua también puede raspar mis botas. ¿Alguna orden más, capitán Leblond?

—Que Satán me oiga y te dé la más humillante de las muertes a mis manos.

—Satán tiene otras cosas en que pensar, capitán Leblond.

Cheij Khan retrocedió, mirando a los dos piratas. Se detuvo cuando ya rozaba con sus espaldas al gigante Tartar, su lugarteniente:

—Por cierto, “Ojos de Plata”, tengo que darte un consejo.

Fenimore Graskell adoptó un aire aun más despreciativo:

—Los consejos nunca son onerosos, decía mi abuelo.

—Siempre que esté yo a la vista, procura que tus manos estén alejadas de tu cinto. Podría yo dejarme llevar de la sospecha de que pretendes demostrar que eres uno de los mejores tiradores del

Caribe tomándome a mí por blanco… y quien dispara primero, está en mejores condiciones para rematar.

—Bien sabes, "Chacal", que tanto "Ojos de Plata" como yo, no intentaremos nada contra ti, puesto que los tres unidos en naves, y tripulantes, nos necesitamos mutuamente por ahora. Vete tranquilo, Cheij Khan. No morirás mientras la Legión del Mar no quede exterminada hasta su último hombre.,

En cubierta del "Islam", Cheij Khan subió al castillete de proa, mientras los piratas joasmes terminaban de transportar víveres y agua.

Tras él, Tartar, el ex almirante de flota persa, parecía la viva estatua bronceada de un gigante desprovisto de pensamientos.

Era impresionante el contraste pintoresco de los dos hombres. Uno, joven y esbelto, semejaba un trovador soñoliento, siempre a la caza de rimas e imágenes poéticas.

La capa roja prendida en un hombro y colgante, el ancho sombrero bajo el que el pañuelo rijo restallaba, al sol y el resto del atuendo hacían parecer a Cheij Khan un joven aventurero amante del pulcro vestir.

Tartar, muy corpulento, desnudo el tórax, rapada la cabeza, de la cual en la coronilla brotaba una mata de pelo, apretados los gruesos labios, daba la impresión de la fuerza bruta sin cerebro.

Y ni en el elegante capitán pirata había soñoliento ensimismamiento poético, ni en el gigante tártaro había necedad, sino solidez cerebral

—El chacal mata a las hienas para evitar que ellas le muerdan mientras duerme, recita el caminante de la caravana. ¿No es cierto, Tartar?

—Te respeto y porque soy un pobre loco, sé que en ti hay la fuerza indomable del jefe excepcional, capitán "Chacal". Pero perdóname si recuerdo que no ha mucho, me citaste el proverbio del caminante del desierto: "A mi camellero le pido que conduzca mis camellos, pero no quiero que aconseje en mi hogar".

—Eres rencoroso, Tartar —dijo Cheij Khan, con indiferencia.

—No tengo rencor a nadie capitán Cheij. El hombre sólo puede achacar sus errores a su propia culpa. Pero no debe reincidir. Yo conduzco tus velas y osadía sería aconsejarte.

—No te pido consejo, Tartar, sino conversación. Hay en ti más

inteligencia que en los cien joasmes juntos.

—Por el honor de conversar contigo, Cheij, puedo suponer que las hienas son el rubio capitán y el jefe de ojos de plata. Quieren morderte en tu sueño, pero ahora despierto les convienes. No morderán hasta que no realicéis la misión que os ha unido. Pero quien fía de su amigo, pierde la cabeza.

—Me abruma tu sensatez, Tartar.

—Me abruma, Cheij, que tan joven seas escéptico y en nada creas. Estamos conversando y a un pobre loco todo se le perdona.

—Tienes tú de loco lo que yo de gorrión.

—Los locos somos los que vemos lo que los demás no quieren o no pueden ver.

—Será así, Tartar. Manda levar anclas, que ya el “Mefisto” y la “Satanela” se disponen a hacerlo.

Alejóse Cheij Khan para instantes después detenerse ante la jaula, tras cuyos barrotes de madera un ser esquelético y semidesnudo, babeaba murmurando incoherencias.

—Hola, Lyon d'Arcy.

Aulló agudamente el gascón, moviéndose en su jaula con ademanes simiescos.

Cheij Khan, indiferente, aguardó a que la garganta agotada de Lyon d'Arcy quedara silenciosa.

—Es triste, Lyon d’Arcy, el que deba reconocer que hasta la venganza no me suscita ya entusiasmo. Otro crimen que debo achacarte a ti. Destruiste la facultad de interesarme por nada. Voy perdiéndole gusto a sostener monólogos contigo.

—¡Maldito... seas... hijo... del Averno...! —gruñó ferozmente Lyon d’Arcy.



—Te vas convirtiendo en fiera, Lyon d'Arcy.

—Te vas convirtiendo en fiera, Lyon d'Arcy, porque ya has perdido el miedo a morir. Deseas matar... Y te doy miedo. Un día me cansaré de verte, Lyon d'Arcy, y te abriré la puerta. Podrás quizá proporcionarme una fugaz emoción, al contemplar cómo un odio reconcentrado decuplica las fuerzas aun a una ruina humana como tú. Te odié como a nadie, cuando vi el abismo sin fondo al cual me precipitaste. Ahora... también tú me eres indiferente.

Y el desdén con que hablaba siempre Cheij Khan, erizaba el vello del barbudo gascón, porque le parecía contemplar a un ser que carecía de fibras humanas.

—Sólo un niño me ha dado unos días de verdadero sosiego, Lyon d'Arcy. Tenía unos ojos azules... ¿Recuerdas los lagos de ensueño que eran los ojos de mi amada? Gabrielle Lucientes... La que murió por tu culpa... La que murió maldiciéndome por crímenes que no cometí. Crímenes que tú, con genio diabólico, fraguaste haciéndolos caer en mí...

Pero el instante de lucidez había pasado en Lyon d'Arcy. Volvió a su marasmo de fiera inconsciente, que comía devorando con movimientos de pitecántropo...

Cheij Khan regresó al castillete de proa y, aspirando a pleno pulmón el aire salino contempló las blancas estelas que tras sí dejaban las popas del “Mefisto” y la “Satanela”.

Y cuando el “Islam”, al mando delegado de Tartar, quedó anclado en el delta del Orinoco, el joven que descendió del velero y montado en blanco caballo partió hacia el Oeste, no llevaba pañuelo ni capa roja, sino bien cortados ropajes de distinguido viajero, discretos y sencillos, sin más arma que una espada de artífice francés..

Capítulo III

La libre singladura del "Aquilón"

"Cien Chirlos" tenía la honrada convicción de que al verse obligado a afeitarse una vez cada dos días, mudarse semanalmente y vestir evitando cuidadosamente el mancharse, habíase convertido en un melindroso afectado.

Su envidiada posición de lugarteniente y hombre de confianza del conde Ferblanc le concedía instantes de grata satisfacción que le compensaban de la pulcritud y limpieza a que se veía obligado, para no desmerecer de cuantos frecuentaban la mansión que era hogar de la marquesa de Ferjus y su esposo.

Y un instante de gran satisfacción lo había experimentado durante la cena en la que el Almirante Diéguez, gran marino, indiscutiblemente, había dicho:

—Será una breve separación, señoras. Pronto el conde Ferblanc irá a la Costa Dorada donde le esperan grandes empresas. Y por lo tanto, vos, marquesa, y vos, Gabrielle, os veréis de nuevo reunidas y afianzando la gran amistad que ha nacido en Puerto Colombia

"Grandes empresas" y "la Costa Dorada", sonaron a oídos de "Cien Chirlos", como nuncio de futuras peleas encarnizadas.

Echaba de menos los días en que el "Aquilón" surcaba los siete mares acechado y acechando.

El hecho de ser respetado por los propios representantes de la ley, le parecía algo degradante...

Aunque de vez en cuando durante la cena, Diego Lucientes había intentado cohibirle, echándole miradas apreciativas cada vez que el corcusido pirata empleaba la servilleta antes de beber, tal como había visto hacer a los bien educados, "Cien Chirlos" no se azaró, ya que recordaba lo que habíale dicho "él". "No seas

berzotas, don Marcelo. Tú a mi lado, puedes ir donde yo vaya que del capitán saca lecciones el lugarteniente, y uno es para el otro, espejo”.

Y en el espejo de Carlos Lozanía, mirábase el aragonés, aunque ya era bastante práctico en el uso de utensilios molestos para llevarse la comida a la boca y en la privación de ruidos masticando y otros detalles expansivos que podía permitirse a solas, pero no en mesa rodeada de un almirante, una marquesa y una damisela.

Terminada la cena, las dos mujeres habían subido a sus habitaciones, a fin de arreglarse una de ellas para el largo viaje por tierra y la otra, para despedirse.

El almirante Diéguez, tras repetir ciertas instrucciones a Diego Lucientes, se marchó y en el salón quedaron el Tirata Negro, “Cien Chirlos” y Lucientes.

—Tú hacia el Oeste y yo hacia el Este, “Tentetieso” —comentó Lezama— Y allá en la Costa Dorada nos veremos. Procura no armar demasiadas zapatiestas, que ya tienes edad para saber divertirte moderadamente sin formar marimorenas.

—Voy a desfacer entuertos y enderezar torceduras. Me gusta el papelito. Y así lograremos que mi niña no se entere de que Cheij “El Chacal”, fue difunto dos veces: la primera en falso y la segunda de verdad, a tus manos. Y no te encabrites, Carlos, pero recuerda que “El Chacal” es duro de roer, y... Bueno, bueno, allá tú.

—¿Qué fue del caballero del Tafetán en la mejilla? Parece haber desaparecido por arte de evaporación.

—Otra víctima de la inocente facultad de desamor de mi hija. Ella me está resultando la mujer de un solo amor. Y muerto Cheij Khan, ya no quiere pensar en nadie más. El Caballero del Tafetán, harto de ponerse parches en el corazón, ha estimado que era preferible partir lejos de la luz de su amada imposible y desengañado por la dulce amabilidad sin esperanzas de mi hija, pidió encomienda. Tiene méritos por cuna, pero al pedir la encomienda solicitó ganársela, lo cual significa que le darán algún peligroso encargo y fenecerá románticamente. Esto es lo que ha sucedido con Társilo del Olmo, que partió hace ya días hacia la Costa Dorada.

—Eso del amor va mal repartido, ¿verdad, “Tentetieso”? En fin, para tino que como yo acierta plenamente, otros van tanteando sin

hallar la placidez. Contemplémonos en don Marcelo. Él sí que no sufre preocupaciones de esta índole.

“Cien Chirlos” aprobó con vehemente cabezada. Y cuando Diego Lucientes y su hija se hubieron marchado, también aprobó totalmente las palabras de Carlos Lezama, al decirle a su esposa:

—No debes desconsolarte, Mireya, ya que será una breve separación. Pronto nos reuniremos con ellos.

—Le he cogido mucho cariño a la pobre Gabrielle, que tan joven pasa por tan hondo trance de dolor. En sus confidencias no hacía más que hablarme de Cheij Khan, describiéndomelo, acusándose de ser ella la culpable de su muerte y sus locuras precedentes. Porque ella se mantuvo altiva, sin perdonar, cuando él era sincero…

—No suspires. Mireya. Tu buen corazón es excesivamente sensible. El tiempo pasa su esponja escéptica llena de sabiduría y todo pasa, todo cicatriza.

—Ella me hacía mucha compañía. Ahora, al irte tú, quedo de nuevo sola.

La implícita alusión al hijo desterrado, la recogió el Pirata Negro y su semblante se ensombreció.

—También él volverá pronto, porque el tiempo le hará comprender que sólo a tu lado hallará el verdadero cariño. Y ahora, piensa que mi ausencia será breve. Después a la Costa Dorada, dándole la espalda a ese infernal Caribe que odias.

—¿Es… es importante la misión que llevas?

—No. Es algo placentero. El “Aquilón” va a navegar en singladura libre por fuera de aguas caribenses, en busca de la pista de tres pichoncillos que quieren jugar a buitres.

—¿Quiénes son?

—El pirata Leblond, el que era su lugarteniente Graskell, y otro imberbe novatillo, desconocido de nombre y apodo.

Ya con las velas tensas, el “Aquilón” se alejaba de Puerto Colombia, remontando hacia el Nordeste, y el Pirata Negro, antes de abandonar el puente de mando, comentó:

—Me acuso de haber mentido por vez primera a mi esposa, don Marcelo.

“Cien Chirlos” guardó silencio. Sabía que aun, era temprano para hacer observaciones sobre una mentira que ignoraba.

—Le dije que no sabía quién era el tercer pirata en cuya busca

vamos, porque era el tal Cheij Khan, ese mozo que hace padecer por su presunta muerte a Gabrielle. Ni ésta ni mi esposa deben nunca saber que yo di muerte a Cheij Khan. ¿Te enteras, guapetón?

—Quedo enterado, señor.

—¿No te preguntas por qué este lío?

—Cuanto haces sus razones tiene, señor.

—Pero, pedazo de ballena, ¿no te asombra saber que me dispongo a dar horca al que es amor de la hija de mi mejor amigo?

—Según contó el señor Lucientes, el tal Cheij era un chacal sediento de sangre que mató a tras guardianes de la señorita y que encima quiso rematar la cosa, intentando desnucar al propio don Diego. Y que cuando, conoció a la señorita iba por sus monedas. Es, pues, un tipejo indigno de vivir.

—¿No has observado un detalle curioso? El propio ofendido en su cuello, don Diego mismo, habla sin rencor de Cheij Khan.

—El señor Lucientes es generoso y halla para todo excusa, señor. Pero ese Cheij Khan se ha atrevido a llamarte traidor y cobarde; sólo esas dos palabras justificarían que, si le echara yo mano directa a ese árabe del demonio, le rebanara la nuez con placer, porque te ha insultado horrendamente y eso es imperdonable.

—Es un mozo que quiere dejar sentado que tiene agallas. Pensaba empezar su carrera en el Caribe como lodos los que piensan medrar: a base de retos y desplantes. Pero ha cometido el primer error, al tomar por emisarios a unos aterrorizados pescadores. Vamos al islote de la Montaña Pelada que está a barlovento y desde allí fácil nos será, en libre singladura solitaria, ir siguiendo la estela de los tres navíos, que deben andar buscando entrada o intentan desconectar a la Legión del Mar;,

Iba “Cien Chirlos” asintiendo a cuanto decía el Pirata Negro, y asintió con renovado vigor, cuando oyó:

—Estoy harto de la Legión del Mar, guapetón. Ya todo está como una balsa y, por lo tanto, sobramos en estos lugares. Es de esperar que en la Costa Dorada y a singladura libre, nos parezcamos, más a lo que antaño fuimos, antes de ponernos el dogal de la ley como collar de perros de presa que muerden legalmente. Pero mientras llega ese momento, es de desear que Leblond, Graskell y Cheij Khan nos den cierta diversión. No creo que se hayan unido los tres para perder el tiempo. Por de pronto, “Mefisto” es hábil y

endemoniadamente inteligente, y mejor que así sea, porque significará que nuestra rúbrica final en el Caribe, dejará buena tinta roja. Haz redoblar los turnos de vigías, “Cien Chirlos”. Pronto entraremos en libre mar, por donde pueden merodear las tres naves capitaneadas, por “Mefisto”.

Pero no se vio rastro alguno de ellas, pese a los deseos de “Cien Chirlos”, que con ansias de ir a la Costa Dorada, imaginábase a veces ver en el horizonte la silueta de los tres barcos piratas.

En el islote situado a barlovento de La Martinica, el pescador, padre de Jeannot, demostró su extrañeza mientras informaba al Pirata Negro, a bordo de cuyo barco había sido requerido.

El pescador, llevando de la mano al niño, demostraba que aun no podía aquilatar si su hijo mentía o el pirata árabe, que tan feroz se le antojó, había sentido compasión del pequeño.

—...y sufría, señor conde, porque me figuraba que ya nunca volvería a ver a mi Jeannot. Y aunque él árabe no lo matase, el terror de verse solo en poder de piratas habría enajenado a mi hijito. Por eso mismo, cuando el árabe vino a recoger la muestra, de que su cartel de reto había sido entregado, y sin decir palabra me devolvió a Jeannot, al cual llevaba en brazos, temí aun en pérfida fechoría. Pero el árabe se fue... y Jeannot lloraba porque decía que su amigo se iba y no lo volvería a ver.

El Pirata Negro miró al niño, que, cohibido, restregaba uno de sus pies desnudos contra el otro.

—Levanta la cabeza, mocito, que ya ves que tu padre y yo somos amigos. ¿No pasaste miedo ni te ocurrió nada a bordo del velero de los del turbante?

—Al principio sí tuve miedo y grité mucho, señor conde. Pero el árabe Cheij Khan, que hablaba en francés tan bien como vos, me apaciguó diciéndome que me llevaba a dar un paseo por el mar. Y me contaba leyendas, que eran más preciosas cada día que pasaba. Y me acariciaba los cabellos, diciendo que era seda pura sin mancha, y decía que mis ojos azules eran límpidos como lago sin fondo malo, al que el barro no ha llegado aún. Yo muchas veces no le entendía, pero su voz era como la música del céfiro, y sus ojos eran buenos, y me sonreía..., y hasta una vez jugó conmigo al escondite, y nos reímos mucho porque yo le encontraba siempre.

Siguió el niño con su balbuceo infantil, y después que el Pirata

Negro hubo obtenido informes sobre el derrotero que habían tomado las tres naves, el “Aquilón” siguió también rumbo Sur.

—Ese Cheij Khan queda al menos limpio del repulsivo delito que le achacaba yo de atormentar a un niño. Pero no se lo valoro en mucho, ya que he conocido verdaderos criminales implacables que ante un niño eran corderos. ¿No es cierto, don Marcelo?

—Ya que inquieres mi opinión, te diré, señor, que el verdadero criminal tanto degüella a la vieja como se merienda al niño. Se ve, pues, que ese árabe debe tener un buen fondo…, aunque muy adentro.

—Esa era mi idea, guapetón. Y hablando de lo más importante, ¿no te hueles dónde las tres naves pudieron tener o tendrán un refugio seguro?

—¿El delta del Orinoco, señor?

—Por ahí vas bien. Y también en la comarca de los cañaverales, fronteriza, con las Guayanas.

—¡Cierto que ahí debieron recalar!

—Y podrían quizá recalar de nuevo. Hace tiempo que no nos metemos en zonas ajenas, guapetón. ¿Qué tal te peta, si pusiéramos rumbo hacia la zona de los cañaverales?

—Creo, señor, que es idea acertada.

—Por Tobago o la Trinidad no se atreverán a franquearse paso, ya que saben que allí tengo yo muchos ojitos y cañones. Por lo tanto, seguiremos hacia el Sur.

Y a medida que el “Aquilón” avanzaba, recogiendo informes en islotes o de barcos que navegaban en rumbo opuesto, iba afianzándose en el Pirata Negro la idea de que, yendo hacia los cañaverales, hallaría rastro próximo de las tres naves.

Porque todos los informes coincidían en que habían sido vistos dos veleros y una goleta navegando en consuno, sin pabellón visible, demostrando que no buscaban combate con naves viajeras, pero bien descubiertos los carteles de proa “Mefisto”, “Satanela” e “Islam”.

A una latitud paralela a la costa venezolana, pero mar adentro, una chalupa de pescadores dio el último informe.

Habían visto hacía cuatro madrugadas tres naves procedentes del Norte avanzando una tras otra, pero que de pronto se habían separado, yendo una hacia el Sur y las otras dos en dirección Norte.

No podían precisar si era goleta o velero la que navegó con rumbo Sur, pero sí tenían la convicción de que puso proa hacia la peligrosa zona de los cañaverales y del estrecho acantilado de Botá.

El “Aquilón” también se dirigid hacia el Sur, siguiendo la misma ruta.

Capítulo IV

El rapto

Alfredo Huarte era un hombrecillo emprendedor y charlatán que había sido en la corte de Madrid escribano relator de justicia, y a su trazo caligráfico se confiaba el menester de tomar copia de declaraciones e interrogatorios.

Sentía una propensión innata a curiosear en todas las vidas ajenas, que fue acentuándose a medida que iba envejeciendo en el cargo de relator escribano.

Los vecinos de la casa en donde Huarte habitaba, una buhardilla, lo tenían por lunático.

Comentaban que, de regreso de sus obligaciones, el gafudo y melenudo escribano encerrábase en su buhardilla en compañía de un viejo y sarnoso gato que había recogido.

Y aseguraban los más cercanos a la buhardilla que, de noche, el escribano sostenía monólogos propios de loco con el viejo gato terror de los tejados.

Extraños monólogos en los que, al parecer, Huarte manifestaba al soñoliento y conmiserativo gato que un hombre como él podía triunfar en las Américas, porque poseía una idea genial.

En qué consistía aquella idea genial ningún vecino lo supo, siendo lo cierto que, un buen día, Alfredo Huarte desapareció, dejando colgado del cuello del gato una cajita. Abierta, después de arriesgadas tentativas que dejaron arañado a más de uno, resultó contener una carta redactada en magnífica caligrafía:

> “Honrados menestrales del pueblo y corte de Madrid: Tenéis la gloria de leer el adiós de despedida del que será algún día honra y prez de la villa que le vio nacer.

"Zipizape” no me acompaña en el viaje a la gloria, porque moriría lejos de sus tejas resbaladizas por las que, a media madrugada, maúlla su filosofía profunda.

"Como hombre que conoce todas las miserias humanas, os perdono por las risitas con que a mis espaldas respondíais a mis saludos. Me suponíais loco porque soy un genio, y el genio se destaca de la vulgar humanidad.

”En las Américas, donde acogen con calor a los hambrientos de aventura, me acogerán con aplauso, porque soy el aventurero de la pluma. Os preguntaréis qué nueva locura es la del “aventurero de la pluma”. No os lo explicaré, porque sois turba de ignorantes necios, y el necio ignorante se ríe de todo aquello que su corta mente no puede comprender.

"Adiós, vil plebe de almas rastreras, que no supisteis adivinar en mí, al talento que honrará esta calle maloliente. Adiós, amazacotados plebeyos sin atisbo de alto vuelo.

”Alfredo Huarte.”

Por espacio de varios días fue la comidilla del barrio el último acto de loco del lunático gafudo.

Se le olvidó definitivamente, cuando “Zipizape” emigró también del barrio, quizá echando de menos al que le hablaba largamente, pero que muchas noches no comía para enfrascarse en lectura de grandes hojas de papel, sin olvidar darle generosas raciones de cordilla.

Y Alfredo Huarte padeció verdaderas calamidades, hasta que un día arribó a Puerto Colombia. Estaba harapiento, hambriento y más lunático que nunca.

Fue mirado con desdén por el ujier cuando solicitó ser recibido por el almirante Diéguez, y aumentó el desdén del que se creía frente a un pedigüeño de limosnas, cuando Huarte dijo, engoladamente:

—Decid a Su Excelencia que un ciudadano del mundo entero solicita ser oído porque posee una idea genial.

No hubiera sido recibido, a no ser que en aquellos instantes el

almirante Diéguez se dirigía a su despacho, y oyó la frase del escuchimizado ex relator.

Juan Diéguez era psicólogo, y dedujo que tras el aspecto miserable del desconocido había rastros de digno orgullo.

—Yo soy el hombre por quien preguntáis. No tengo inconveniente en oíros. Escasean mucho las ideas geniales.

No dijo más y echó a andar, seguido por Huarte, cuya escasa talla y poquedad de carnes quedaban aun más de manifiesto en contraste con la altura y natural empaque desprovisto de vanidad del almirante burgalés.

En el despacho, Huarte se ajustó las antiparras, tras las que sus ojos, en extremo miopes, parecían intentar perforar nieblas.

—Os pareceré osado al solicitar audiencia, yendo, como voy, derrotado y mísero, excelencia.

—El hábito hace al monje, pero el monje se conoce mejor por lo que habla. Tratad de exponerme vuestra idea genial en forma asequible para mí.

—Por donde he ido he recogido desdenes y burlas, excelencia, y me temo que el camino del genio es áspero y sobrado de espinas.

—Soy marino, señor, y doy rodeos cuando no puedo atacar de frente. Pero conmigo vence el que ataca a sable alto.

—No pido dinero, excelencia.

—Lo del sable fue metáfora, amigo. No tenéis traza de mendigo. Pero ajustaos a lo que venís.

—Me han dicho que sois comprensivo y reformador. Estáis organizando una Legión.del Mar, que muchas naciones tomarán por modelo. Sois, pues, un espíritu innovador, alejado de toda rutina...

—Atended, señor, a que no vinisteis a hablar de mí, sino de vos y de vuestra idea.

—Me llamo Alfredo Huarte para serviros. Fui en la corte escribano relator de justicia. Mi idea era tan magna que de antemano supe que no tendría acogida en Madrid, por envidias y rutinas. Vos sabéis que, al igual que en Londres, que ha sido la primera capital que entrevió la posibilidad de instruir con gacetas, también Madrid posee su Gaceta de Corte, con noticias escasas en interés y mucho fárrago. Yo empecé a pensar que un hombre conocedor de las mentes de sus iguales podría lanzar una gaceta privada, que no fuera libelo ni croniquilla ni libro, sino

vulgarización de cosas instructivas y a la vez crónica de los hechos normales que pueden interesar al curioso.

Fue Huarte extendiéndose en explicaciones., y a medida que iba exponiendo su idea se iba entusiasmando más y más…

—…una antorcha que pasearía por los caminos, alumbrando hechos que ya el chismorreo propala, pero evitando malas interpretaciones, dando al César lo que es del César, denunciando las perversidades y ensalzando las buenas acciones. Moralizar y elevar el pobre espíritu de los incultos: pregonar la gran verdad de que la virtud es recompensada y el mal castigado…

Juan Diéguez esbozó un asomo de sonrisa..

—Mi pobre amigo… Sois un soñador. Pretendéis reformar, y, ¿sabéis lo que os espera? La ingratitud de los que favorezcáis y los palos de los que acuséis.

¡Qué importa, excelencia!… —se acaloró el diminuto lunático bondadoso— Yo seré el apóstol de una idea que los siglos futuros progresará. Llevar a la propia casa del ciudadano los comentarios sensatos, sobre todo cuanto suceda digno de comentar, evitando que la lengua inculta deforme las verdades. ¿No es un apostolado? ¡Presto estoy, si es preciso, a morir en defensa de mi idea!

—Antes, de morir, tratad de dar vida a vuestra idea. ¿Por qué acudís a mí? Yo soy hombre de mar, accidentalmente metido en un despacho.

—Vos, excelencia, sois influyente… Os tienen por… por genial…

—Por loco, queríais decir, amigo. Decidlo.

—Llaman loco al que se distingue por su afán de renovar y mudar lo que no debe persistir por erróneo. Llaman loco al que pretende convertir a los humanos en mejores…

—Si es así, vos y yo somos un par de locos rematados. No me agradezcáis el elogio, Huarte. ¿Sabéis que en las Américas pocos son los que leen?

—Por eso mismo, excelencia, acogerán con mayor fruición unas, hojas donde les hablen de gente que conozcan, y les aporten noticias de interés… Hay tanto por hacer… Una gaceta semanal en la que al pérfido se le llame pérfido, y al noble se le ensalce…

—Abordemos de plano la cuestión, maese Huarte. ¿Qué necesitáis para hacerme una gaceta para mi uso personal?

—¿Cómo… cómo decís, excelencia?

—No me burlo de vos. Quiero primero ver cómo atacáis. Haceos cargo de que os va a leer toda La ciudad de Puerto Colombia. Atacad y dad incienso. Demostradme que sabéis coger lo verídico de las informaciones..., y, si es así, contad conmigo. Tomad esta bolsa en calidad de anticipo sobre el sueldo que os será fijado, y mientras vos trabajáis, yo hablaré con quienes podrían subvencionar y apoyar la impresión de vuestra especial gaceta para los españoles venezolanos. ¿Qué más necesitáis?

Alfredo Huarte quitóse las antiparras, y sus ojos húmedos atestiguaron que estaba llorando...

Emitió unos hipidos ridículos, y murmuró:

—Dios os bendiga, almirante. Nunca os arrepentiréis de... haber confiado en mí. Vos fustigasteis al mal en el mar; yo, con vuestra generosa ayuda, fustigaré el mal allá donde se esconda en la tierra.

—Aquí os espero dentro de siete días exactos, a esta misma hora, maese Huarte.

La Voz del Hurón fue la primera gaceta que compuso Alfredo Huarte, con su hermosa letra de pendolista. Era un solo ejemplar, para ser leído exclusivamente por el almirante Diéguez.

Pasó mucha angustia el precursor del periodismo mientras aguardaba el veredicto de su único y primer lector.

Juan Diéguez terminó de leer, y el instante de silencio con el que miró al sudoroso “Hurón” sumió a éste en verdadera agonía.

—Lo siento, maese Huarte.

—¿No... no sirvo..., excelencia?

—Digo que lo siento, porque, al contrario, servís. Esto es un buen trabajo... Se leerá ávidamente, y pondrá en cintura a algunos malvados. Pero quedáis advertido... Os descalabrarán.

—¡Qué importa, excelencia! El Bien será proclamado, y habrá otros que me seguirán si he de perecer cantando verdades.

—Poderosa arma es ésta-dijo proféticamente el almirante —. Bien empleada, es luz. En manos de adulones y venales, será veneno. En fin, maese. Huarte, encended ya la mecha. Poneos en contacto con el secretario de Justicia. Él tiene orden de facilitaros todo el material preciso si le lleváis esta contraseña.

Tendió Diéguez al feliz y atribulado gacetero un redondel de plata.

—Esta contraseña os protegerá si solicitáis socorro en caso de

apremio. Todos los soldados de la guarnición saben que vos, seréis de ahora en adelante el portavoz de la opinión interesada en que triunfe la bondad humana, para bien de todos.

Varias veces tuvo que acudir a la salvaguardia de su redondel de plata el componedor de *La Voz del Hurón*, salvando la vida de milagro.

Pero el castigo de sus agresores en plaza pública permitió que maese Huarte continuara en su labor instructiva de desenmascarar los actos delictivos.

Tenía el don de acudir a donde había noticias. Elogió sin adulación la labor de la Legión del Mar, y con frecuencia citó al conde Ferblanc como paladín de la causa justa.

Por eso tenía libre acceso al domicilio del conde Ferblanc, porque la marquesa de Ferjus estimaba al hombrecillo enclenque, que con fe de iluminado, rayana en el fanatismo, prodigaba la máxima ingenua, pero muchas veces veraz, de que el mal siempre es castigado.

Y llevado por los complicados hilos que manejan el destino humano, maese Huarte, que reverenciaba a la que calificaba de “marquesa por título, princesa por alma”, fue responsable de inconsciente complicidad en él rapto de Mireya de Ferjus.

Instalado en un sótano donde ya varios hombres de letras le ayudaban en la confección de *La Voz del Hurón*, maese Huarte recibía continuamente visitas de comadres, postillones, mozalbetes y toda clase de gentes que le suministraban copiosas informaciones, de las cuales él, sesudamente, entresacaba lo útil, comprobándolo.

Una mañana, un postillón que otras veces habíale comunicado la llegada de importantes personajes, fue a visitarle para decirle que, en la “Posada de las Armas”, acababa de alojarse un elegante joven viajero dueño de un magnífico caballo y poseedor de una bolsa bien repleta.

El informante había solicitado datos al posadero, quien, en cumplimiento de los preceptos legales, tenía anotados en el libro de hospedados los nombres y profesión, así como la procedencia del viajero.

Leyó maese Huarte la nota-copia obtenida por el perspicaz postillón y, tomando su sombrero, entregó el precio estipulado según la calidad de las noticias, encaminándose rápidamente a, la

“Posada de las Armas”.

Mostrando la copia al mesonero, preguntóle:

—¿Se hospeda aquí el caballera Louis de Jouvenel, francés, filósofo, nacido en París, procedente de Maracaibo, que viaja por afán cultural de propagar la verdad sobre las Américas españolas?

—Todo eso que decís maese Huarte, escribió en mi libro el señor viajero, un joven caballero de buen porte, amable figura y aspecto de hombre culto y muy leído.

Cheij Khan se disponía a salir la posada, cuando le abordó un hombrecillo enteco, prodigándole un saludo profundo.

—Perdonad mi intromisión en vuestra soledad de filósofo, señor de Jouvenel. Soy maese Huarte, el gacetero de *La Voz del Hurón*, y quizá os pueda facilitar temas de meditación, á cambio de noticias, que podáis darme de la bella capital francesa.

—Muy, complacido en conoceros, maese Huarte —replicó Cheij Khan, acogiendo con íntima satisfacción la presencia del que podía serle de gran utilidad.

Cheij Khan había conocido al filósofo Louis de Jouvenel en sus dos años de estancia en París, habiendo conversado mucho con él.

Por eso, después de una hora de charla con el seudofilósofo, maese Huarte estaba enajenado de placer.

Había logrado convencer a su interlocutor de la maldad de los comentaristas extranjeros, que vertían toda clase de calumnias sobre la colonización española.

—¿Diréis, pues, a vuestro regreso a París, que es sólo la envidia de los mercaderes de las otras naciones la que trata de desprestigiar la humana labor de los españoles?

—Contad con ello. También diré que, gracias a un caballero español gacetero, he aprendido y aprenderé muchas verdades desconocidas en el ambiente frívolo de las cortes. Y permitidme felicitaros por vuestro excelente francés…

—¡Oh, señor de Jouvenel! Os agradezco el elogio, ya que redunda en beneficio de la señora marquesa de Ferjus

Cheij Khan adoptó un aire de extrañeza.

—Es título francés, a mi entender.

—Sí. Y por cierto, señor de Jouvenel, que deberíais conocer a la señora marquesa.

—No, no… Detesto las banales cortesanías de rigor a que me

vería obligado si me presentarais a la señora marquesa de Ferjus, aunque quizá mi obligación como francés sería...

—Naturalmente, naturalmente... Os dije que vuestro elogio redundaba en beneficio de la señora marquesa, porque ella es quien en las largas ausentas de su esposo se dignó darme clases de francés. Os digo en sus ausencias, porque el conde Ferblanc... me impone cierto respeto, y con más claridad añadiré que me inspira temor. No se opuso a que yo hubiera abusado de la bondad de la marquesa, tomándola por maestra del idioma de los diplomáticos, pero me miró de una forma especial..., y a buen entendedor con media mirada le basta.

—Por lo tanto, ahora estaréis sin clases, ya que supongo que el conde Ferblanc estará aquí, en Puerto Colombia.

—No, no. Partió hacia las Antillas Francesas. Busca el rastro de tres seres de mala ralea, que pretenden declarar la guerra a la Legión del Mar. Tres piratas malvados a los que aplastará indudablemente.

—Indudablemente. He oído decir que el conde Ferblanc es invencible.

—Es un verdadero león..., y tiene ribetes de filósofo. Filosofía vulgar, naturalmente; pero le aprecio porque, aunque sea rudo, es un apóstol de la buena causa. Complacedme, señor de Jouvenel. Precisamente tengo que ir a visitar a la señora marquesa para que me informe detalladamente, si le es posible, acerca del viaje de su esposo, y sé que a ella le agradará recibir a un compatriota que pueda darle noticias de París. ¿Ha mucho que faltáis de allí?

Entornó Cheij Khan los párpados, evocando la Plaza de Greves y el verdugo, de quien se había salvado por el azar de su encuentro con Narcisse Leblond.

—Hace ya unos meses, pero podré amenizar la charla con vuestra maestra benévola, porque aún conservo en mis ropas el perfume de las violetas parisienses. ¿Conocéis mi teoría de los perfumes, maese Huarte?

—Perdonad mi ignorancia de este tema, ya que sólo os he leído la *Crítica de la impureza de la verdad relativa*.

—Los perfumes en quintaesencia... —y Cheij Khan, en el resto del camino, fue repitiendo las teorías originales que había oído de propios labios de Louis de Jouvenel.

* * *

Mireya de Ferjus acogió con secreto agrado la petición de maese Huarte de presentarle al "célebre filósofo prodigio, que a escasos años aunaba la madurez de juicio de un viejo ateniense".

Cheij Khan besó la diestra de Mireya, con toda la prestancia y facilidad del que había tenido por introductor en salones palaciegos a una dictadora de la moda.

Pronto se ausentó maese Huarte, al ver la facilidad con que entre el viajero y Mireya se convertían en inagotables los temas parisienses. Y, una vez solos, Mireya preguntó lo que hacía tiempo estaba deseosa de saber.

—Según la fecha de vuestra salida de París, señor, es posible que allá tuvierais ocasión de conocer a mi hijo, el marqués de Ferjus. Me escribió desde París recientemente, comunicándome que sus recitales de violín eran comentados con lisonjero beneplácito por los melómanos más exigentes.

"Un falso testigo, al cual algún día exigiré cuentas", pensó Cheij Khan, recordando que Humberto de Ferjus y Niccolo Pavolini habían declarado como testigos de los asesinatos cometidos por Lyon d'Arcy, achacándoselos a él.

—No tuve el honor de oírle, señora. Pero creo recordar ciertos comentarios muy loables acerca de un adolescente artista. Perdonadme, pero, enfrascado en mis meditaciones, concedo poca atención a las mundanas noticias.

De pronto, Mireya de Ferjus examinó con más detención el varonil rostro impregnado de ensoñadora expresión.

Le parecía que conocía aquel semblante que por vez primera veía... No podía precisar...

—¿Sois del propio París, señor de Jouvenel?

—Sí... Pero tuve ascendientes corsos. A eso se debe mi aspecto meridional.

—Cierto que tenéis más bien apariencia de español... Si no hablarais tan perfectamente el francés, os hubiera creído hijo de España.

—Me ha sucedido con frecuencia ser confundido con un español. Y ahora, señora marquesa, no quisiera abusar ya más de vuestro tiempo. Permitidme retirarme, agradeciendo el honor de haber sido tan gentilmente recibido.

—Lamento que mi esposo se halle ausente. Él también residió en París y lo recuerda gratamente. Si no os marcháis pronto de Puerto Colombia le conoceréis.

—Es mi mayor deseo, señora-dijo inclinándose, Cheij Khan —el conocer al conde Ferblanc y poder conversar con él.

Cuando el hijo del Pirata Negro se hubo marchado, Mireya. quedóse pensativa.

No podía explicarse en qué ocasión pero tenía el convencimiento de que conocía al presunto Louis de Jouvenel.

Ignoraba que fue Gabrielle Lucientes la que, describiendo a Cheij Khan como el mejor de los pintores en que se convierte la mujer enamorada, habíale retratado a quien, al mediodía, tal como se había convenido, almorzó con maese Huarte.

—Agua, carne cruda, dátiles y miel-se maravilló Huarte, al ver lo que estaba comiendo Cheij Khan —¿Posee virtudes aclaratorias de la corteza cerebral, señor de Jouvenel?

—El vino, la carne asada, la fruta sin azúcar y los dulces no destilados por las abejas, embotan cuerpo y mente, maese Huarte.

Al término del almuerzo, maese Huarte escuchaba boquiabierto al joven filósofo…

—Concretando en escasas palabras, maese Huarte, la genialidad de la raza española, diré en París que no sólo fue un español el que descubrió este continente, sino que españoles son los que dan generosamente su sangre para la creación de la nueva raza americana, aboliendo prejuicios y tratando a los indígenas como hermanos.

—Abusos hay, señor de Jouvenel.

—De humanos es errar, maese Huarte. Y ahora, cambiando la conversación, os quisiera solicitar una merced.

—De antemano concedida.

—Sabréis que en mis ratos de ocio me dedico al arte del dibujo en sencillos bosquejos que ilustran mis libros. Hablando con la marquesa de Ferjus, pensé que, si no lo tomara ella a osadía, podría dibujarla como símbolo de la aristocracia francesa emparentada por lazo matrimonial con la aristocracia española… Daría base a mi nueva teoría de que la guerra no tendrá razón de ser cuando las razas fraternicen, y…

Con acopio de las teorías del verdadero Louis de Jouvenel, Cheij

Khan logró convencer absolutamente a maese Huarte de que no sólo Mireya de Ferjus debía posar unas horas para el lápiz del filósofo, sino también condescender a hacerlo junto al lago del “Bosque de los Robles”.

—Ved que el simbolismo estará patente. Un lago recordando los estanques franceses, delicados y calmosos, y al fondo la selva ruda, brava, noble como el ánimo español.

—Todo eso, señor de Jouvenel, no tendréis inconveniente en que lo repita en mi gaceta.

—Ninguno. Es más, maese Huarte... Os prometo que daréis a vuestra gaceta abundante información que os facilitaré.

—Tanta amabilidad me abruma, querido maestro.

Mireya de Ferjus sonrió al oír las inflamadas frases con que el gacetero hablaba de “simbolización, espíritu fraterno...”.

—Acepto, mi buen amigo. Este joven filósofo es agradable, y no quiero pecar de modesta, para evitar la tortura cerebral que le supondría el que me negara. ¿Dónde decís que aguarla anhelante vuestra respuesta?

—En el lago del “Bosque de los Robles”.

—Vamos allá. Cuando mi marido regrese, le explicaré que verme dibujada en un libro de filosofía fue tentación superior a mis débiles fuerzas femeninas-dijo, riendo.

* * *

En el lago del “Bosque de los Robles” dio Cheij Khan las últimas instrucciones a los cuatro joasmes que, vistiendo ropas europeas, se mantenían junto a una carroza tirada por dos caballos.

—Sin el menor daño, tanto a ella como a él, los colocaréis atados en el interior.

Y regresó al lugar desde donde había visto acercarse a Mireya de Ferjus y Alfredo Huarte, sallándoles al encuentro.

Tras el intercambio de mutuas cortesías, excusóse Mireya:

—Perdonadme un instante, señor de Jouvenel. Pero nuestro común amigo ha recordado que es gacetero, y desea saber los nombres de los tres piratas que se han aliado para intentar la inútil empresa de vencer a mi esposo. —Y, volviéndose a su acompañante, añadió:— Uno de ellos, maese Huarte, es el francés Narcisse Leblond, apodado “Mefisto”. El otro es Fenimore Graskell, su lugarteniente, y el tercero es un desconocido, árabe, que mi propio

marido ignora cómo se apoda o llama.

—¿Un árabe?

—Oí un comentario de un marinero, que decía a una de mis doncellas que el árabe era un ente cruel y primitivo, que sólo comía carne cruda, miel y dátiles, y únicamente bebía agua... Pero ¿qué os sucede, maese Huarte?

Las flacas piernas del gacetero temblaban mientras tendía un vacilante índice hacia Cheij Khan, que de pronto sonreía en forma rara, escalofriante, como un ídolo de rostro bellamente perverso...

—Yo soy el árabe desconocido, señora marquesa de Ferjus. Y vos vais a ser el señuelo que me permitirá conversar a solas con el conde Ferblanc.

Cuatro individuos, irrumpieron al grito agudo de Cheij Khan, y antes de que Mireya y el gacetero pudieran reponerse del asombro causado casi tanto por las palabras como por la sonrisa del presunto filósofo, encontráronse maniatados y llevados en vilo hacia el interior de una carroza, que partió a todo tren, seguida por el galope del blanco caballo de Cheij Khan.

Capítulo V

La Costa Dorada, las encomiendas, y el aprendiz

—¿Ves este mapa, Gaby?

—Tres líneas de puntos que forman cuadros, el primero de los cuales tiene por centro Bogotá, la ciudad hermosa que tiene el honor de recibir tu primera visita.

—Pues esos tres cuadros encierran la Costa Dorada, y encierran, aunque no lo veas, un sinnúmero de pequeños estados feudales, donde los encomenderos, si son personas honradas y humanitarias, fructifican en buena labor, pero donde voy yo a meter las narices para distraerme.

—Tus diversiones, padre, pueden ser peligrosas.

—No lo son... porque llevo la coraza más recia. —Y tocóse Lucientes el pecho.— La carta real que me concede autoridad para aquilatar, y que sólo extraeré cuando vea que no me queda más remedio.

—¿Por qué no me llevas contigo, padre?

—Es pronto aun, doña. Por el instante, quedarás con la parienta del almirante. Es una vieja amojamada, pero graciosa.

—Llévame contigo.

—¡Repámpanos, doña!... Comprende que primero debo orientarme, y cuando sepa por dónde me ando, entonces vendrás conmigo.

Diego Lucientes se orientó. Y también obtuvo abundantes noticias de Társilo del Olmo, que eran un trozo de la institución de las encomiendas.

Decidió Lucientes que su primera visita fuera para Társilo del Olmo, cuyas peripecias desde la llegada del joven aristócrata a Bogotá supo detalladamente por uno de los soldados que le habían

acompañado en la peligrosa misión.

A Társilo del Olmo, el Caballero del Tafetán Rojo, le había sido asignado un terreno situado entre dos ríos, y que abarcaba varias leguas cuadradas de llanura, pobladas en gran parte por gigantescos árboles; las orillas de sus ríos aparecían cubiertas de hermosas cañas de bambú, de tanta utilidad para la construcción de viviendas.



Aquella tierra estaba habitada por unos dos millares de almas, indios pobres, cuyo trabajo único se reducía a pescar algunos peces en el río más cercano y coger algunas frutas.

Vestido no necesitaban porque vivían como en el paraíso, en libre salvajismo indolente.

Pocas noticias pudo adquirir Társilo del Olmo de su encomienda, porque ésta tenía escasa comunicación con la costa, y no había sido explorada todavía.

Társilo del Olmo recibió diez soldados para realizar la toma de posesión, que más parecía conquista, y para que impusiera por la fuerza, si era preciso, su autoridad.

Se habían dado muchos casos, precisamente en Venezuela, de terribles luchas entre indios y encomenderos, porque aquéllos no querían reconocer como dueños a “los blancos que andaban encima de animales de crines y de raza desconocida”.

Pero antes de marchar a tomar posesión su encomienda, asignada por méritos de cuna, debía, como costumbre, acreditarse digno de ella, obteniendo méritos por acción esforzada.

Társilo del Olmo, aparte de su primer desengaño de amor, padecía el lacerante mal de un amor no compartido, que le había impulsado a alejarse de Puerto Colombia, donde contemplar a Gabrielle Lucientes reavivaba su dolencia amorosa.

Y por esa razón aceptó la misión, pensando que si en ella no bailaba la muerte, la encontraría en la toma de posesión de la encomienda.

Le explicaron en qué consistía aquélla: al norte del litoral venezolano del Pacífico, existían varias islas llamadas de Las Gorgonas, en las cuales aún quedaban feroces indios caribes, que se alimentaban con preferencia de cautivos que solían hacer en expediciones nocturnas. Estos salvajes habían atravesado por tierra la región de Panamá, huyendo de la Legión del Mar, que pretendía pacificarlos.

Anunció el Gobernador a Társilo del Olmo, que la semana anterior habían desembarcado unos caribes en las cercanías de Buenaventura, llevándose a varias familias de indios amigos de los españoles.

Era preciso ir a imponer un castigo, y, si era posible, rescatar a los que estuvieran vivos, añadió escépticamente el gobernador.

Társilo del Olmo embarcó en Buenaventura en una veloz galera, dotada de gran facilidad para la maniobra y muy a propósito para él servicio costero.

Llevaba bajo su mando los soldados que habían de acompañarle a la encomienda y a varios indios como auxiliares.

En pocos días llegó al pequeño archipiélago de Las Gorgonas, desembarcando en la isla ocupada por indios amigos, donde éstos le salieron al encuentro no sólo en son de paz, sino ofreciéndosele para ayudadle contra los caribes que estaban en la isla Bourna, y servirle de guía.

Aceptó del Olmo a los cuatro indios que le parecieron más inteligentes y capaces, y con ellos pasó a la citada isla.

Llevando como guías a los cuatro elegidos, se adentró por un bosque de plátanos. Los indios de la vanguardia solo miraban al suelo, y de vez en cuando olían la tierra, husmeando como sabuesos.

Durante varias horas caminaron con calor tórrido, que les obligó a frecuentes descansos; luego fue menos agotador el bochorno, porque los guías supieron conducirles por sitios donde era fácil apagar la sed, por un procedimiento que del Olmo no conocía. Al pie de las palmeras que abundaban hacían un agujero con un instrumento punzante, y por allí salía un líquido fresco y agradable, suficiente para apagar la sed de cuatro hombres.

De pronto, uno de los indios, oliendo la tierra, anunció que estaban ya cerca de la meta. Tradujo el intérprete la noticia, y del Olmo mandó que se caminara en silencio.

Minutos después vieron espesas columnas de humo por encima de una arboleda.

Los hombres del minúsculo ejército de del Olmo formaron abierta guerrilla, como veteranos soldados que eran supervivientes de muchas expediciones, y pronto desembocaron en una especie de plaza, donde ardían dos fogatas, sobre las cuales humeaban sendas vasijas de barro pintado.

Alrededor de las vasijas y las fogatas se veían unos quince indios de ambos sexos, danzando y aullando.

El indio guía dijo al intérprete que eran caribes. Estaban a alguna distancia, y no se habían dado cuenta de la presencia de la gente de Társilo del Olmo.

Este, por señas, mandó hacer una descarga, de la que cayeron cuatro o cinco; los demás, y otros, que salieron de unas chozas, quisieron escapar, lanzando alaridos. Pero encontraron las espadas de los españoles, a cuyo filo cayeron todos, a pesar de ir armados de azagayas.

Sólo perdonaron la vida a una mujer que huía con un niño en brazo seguida por otros tres.

Los indios guías señalaron a Társilo del Olmo las vasijas humeantes. Miró al interior de ellas, y vio con horror que contenían miembros humanos.

Por indicación del mismo guía reconocieron los edificios, y en dos de ellos hallaron hasta nueve cautivos muy amarrados con bejucos: cuatro hombres, tres mujeres y dos niños.

Todos miraron con terror a los intrusos, terror que se trocó en sorpresa y gratitud cuando los soltaron y supieron por los indios la suerte de sus crueles enemigos.

Tres de aquellos cautivos eran de la tribu de los guías; los restantes, de la costa venezolana. Los que faltaban habían sido devorados, por los caribes.

La expedición abandonó el horrible lugar, descansando en la isla de donde habían elegido.guías, y en donde se quedaron los de aquella tribu y los niños, de los caníbales.

Los demás libertados fueron llevados, por del Olmo a Buenaventura menos dos hombres que dijeron ser de la región del Apure; y como hacia allí estaba la encomienda de del Olmo, los invitó éste, por medio del intérprete, a servir con él.

Los dos se arrodillaron, y, besando sus pies con adoración, declararon que les había salvado de una muerte cruel y que, por lo tanto, siempre le considerarían como su amo.

Y fue una buena adquisición para del Olmo, porque los dos entendían el español, y habían servido tres años en una encomienda de la costa, donde fueron hechos cautivos.

Cumplida por del Olmo la comisión contra los caribes, el gobernador de Bogotá le autorizó para marchar a tomar posesión de su encomienda.

La reciente expedición y los preparativos para dirigirse a la encomienda, formando caravana que transportaba ganado caballar, vacuno y cabrío, aves de corral, herramientas y semillas, distrajeron

a del Olmo de su mal de amor.

Llevaba del Olmo contratado como capataz a un español, los dos indios libertados, diez más para el cuidado del ganado y carros, y una escuadra de soldados como guarnición para imponer a los indios la autoridad como encomendero en nombre del Rey.

Estableció su campamento cerca del rio Biranas, y pronto la actividad que reinó, construyendo bohíos y corrales, fue curando a Társilo del Olmo del dolor que creyó imperecedero.

Los libertados de los caribes fueron a su tribu para ver a sus familiares y con el fin de reclutar trabajadores para la encomienda.

También el sargento de la escuadra, con varios soldados, fue de requisa humana, y entre unos y otros llevaron al campamento de Biranas un centenar de indios, que trabajaron levantando rápidamente varios edificios con fuertes cañas de bambú entrelazadas con bejuco, en los que paredes y techo eran de bálago.

En una semana quedó creado el pueblo y encomienda de Biranas.

Siguiendo las instrucciones dadas a los encomenderos, y haciendo uso de su derecho, estableció del Olmo la prestación personal. De cada pequeña agrupación aislada perteneciente a otras encomiendas, iban a Biranas uno o dos hombres, generalmente mozos, qué trabajaban en la ampliación del poblado, rodeando con una empalizada de gruesas cañas la granja de del Olmo.

Éste se ocupaba activamente de la dirección de los trabajos, secundado por dos capataces indios. El capataz español vigilaba allí donde no estaba del Olmo, y entre todos dirigían al medio centenar de indios que cultivaban la tierra, cuidaban del ganado y hacían los diversos quehaceres de la servidumbre. Eran muchos, y con poco que cada uno trabajara resultaba mucha labor la que se hacía.

Los indios se hallaban contentos, porque se les trataba bien y estaban mejor alimentados que en sus ranchos, donde sólo comían maíz tostado y frutas silvestres.

En Biranas tenían variada y abundante alimentación a base de arroz, carne asada, que les gustaba mucho, y pan de maíz. Abundaba la carne de cerdo, porque el conquistador Ojeda había llevado al país ganado de cerda en vivo, y desde aquella época quedó libre en el monte, multiplicándose de una manera extraordinaria.

Tenía del Olmo unos magníficos auxiliares en los dos indios qué salvó de los caribes, quienes hacían frecuentes excursiones, encomiando la bondad del “blanco encomendero de Biranas”.

Y así, en escaso tiempo, obtuvo del Olmo unos resultados que otros encomenderos tardaban años en conseguir.

A las horas de poco calor acostumbraba pasear a caballo por su ciudad, de la que estaba orgulloso, aunque se compusiera de siete casas, y después internábase en las circundantes florestas, para conversar por mediación del intérprete con los indios.

Y en uno de sus paseos quedóse estático, apoyando sobre sus cejas la mano abierta a modo de visera, temiendo que la refracción del sol fuera la que creara aquella ilusión óptica.

Pero no había duda… Aquel jinete que avanzaba erguido el cuello y cubriendo los pelirrojos aladares mal protegidos por el tricornio con sendos pañuelos a ambos lados del rostro era Diego Lucientes, el padre de la que… él creyó amar.

Fue a su encuentro para saludarle alborozadamente:

—¡No lo creo aún, don Diego! ¿Sois realmente vos?

—A ratos quisiera ser otro, pero siempre soy yo, Társilo. Traigo una sequera atroz… No he podido beber desde hace dos horas.

—Pero si vais a lo largo de un río que, como no podéis ignorar, lleva agua de pura frescura…

—Frescura la vuestra, que me habláis de ese infecto líquido llamado “agua”, pretendiendo insinuar que es bebible.

—Lo es, don Diego. Es potable.

—Yo sólo defino como potable ese líquido que se obtiene exprimiendo uvas… —Y Lucientes miró recelosamente al joven.— No me digáis que no hay vino en vuestra encomienda, porque, en este caso, doy media vuelta y me largo a otra.

—Os puedo ofrecer del mejor-dijo, riendo, Társilo del Olmo —. Trajimos varios barriles, y sólo el capataz y yo bebemos. Aquélla es mi casa y allí refrescaréis. Estoy asombrado, don Diego, de veros por aquí. ¿Acaso vais en busca de encomienda? Pero no, puesto que viajáis solo y sin soldados.

—Luego os hablaré, joven gallardo y potente. Tened en cuenta que llevo dos horas sin remojar el gaznate.

Cuando hubo vaciado Lucientes tres jarritos de vino malagueño, extendió las piernas, se desabrochó el cinto, y, quitándose los dos

pañuelos, se dio aire con ellos.

—Ya empiezo a poder razonar coherentemente, amigo encomendedero... Primero dejadme deciros que os veo muy distinto. Estáis bronceado, brillan vuestros ojos... y parecéis la imagen del hombre que, según el cuento, no tenía camisa,

—Os debo confesar que huí de Puerto Colombia... porque, y perdonadme la libertad..., me enamoré de vuestra hija.

—La libertad de enamorarse es la idiotez que nos encadena. Pero, ¡recórcholis!, para hombre enamorado y lejos de su tormento esquivo, tenéis unos colores que dan asco.

Rió Társilo del Olmo, anunciando:

—Con vos me resulta fácil hablar, don Diego, porque sois campechano y sencillo. Resulta... resulta que me he olvidado de Gabrielle... La recuerdo ahora como si hiciera veinte años que hubiera dejado de verla, y sólo hace escasamente dos meses...

—Sois una alcachofa, amigo. Tenéis por corazón un vegetal de esos con muchas hojas.

—¿Os... os ha ofendido que...? En fin...

—Os felicito calurosamente dado el ambiente. —Y tendió Lucientes la diestra, sonriendo.— Habéis comprobado que la acción, la lucha, el trabajo... hacen olvidar a las mujeres. Para eso vengo yo por estas tierras de sequía. Alejándome de las mujeres... Ya casi he olvidado que existen, y respiro a gusto... ¡Carape! Eso, ¿qué es? ¿Un espejismo traidor que me manda el diablillo juguetón?

Y Lucientes, admirado, ojeaba el umbral del bohío, donde una india de largas trenzas y vestida con saya roja y corpiño blanco exhibía su morena belleza.

—Es Dolores, la esposa india del capataz español. Me guisa y arregla la casa que comparto con el capataz. Apenas habla nuestro idioma.

—¡Repámpanos!... Vos sois un cuco reservón, Tarsilito. Con otra india como ésta que aparezca, me quedó en Biranas.

Habló unos instantes del Olmo con la india, en un español mezclado de palabras indígenas elementales, y la llamada Dolores desapareció, dedicando una sonrisa a Diego Lucientes.

El madrileño chasqueó la lengua contra el paladar.

—¡Diantres con el capataz! Tuvo buen ojo al elegir compañía, y la sonrisa de la Dolores me ha dado mareos. Parecía un poquito de

queso blanco asomando por entre cerezas... No me miréis, con pena, Társilo. El queso son los dientes y las cerezas los labios, y no presumo de vate de altura.

—Os quisiera decir... —y era visible la vacilación de Társilo del Olmo-que las indias creen que los, blancos somos dueños y señores de todo. Por lo tanto, lealmente, los caballeros refrenan sus naturales impulsos y respetan la ingenuidad de esas salvajes. Yo, cuando mi capataz empezó a cortejar a Dolores, le di a elegir entre casarse en la capilla de la vecina encomienda, o marcharse. Y se han casado. Es la forma de evitar rencillas, y aun sangre en posible lucha. ¿Os molesta que os advierta de esos pormenores?

—Muy al contrario, joven moralizador. Yo soy un aprendiz que intenta aprender cuanto más pueda sobre las encomiendas.

—¿Tenéis intención de pedir encomienda?

—La Naturaleza me encanta, pero... no tanto. Voy de curioso, ¿sabéis? De aprendiz, preguntón y “metomentodo”. Por el camino me acompañó un intérprete conocedor de esta comarca. Hablaba magníficamente de vuestras dotes de patrón. En cambio, habla pestes de un tal Roque Riscal, encomendero de Terzaga.

—No le conozco personalmente. Sé tan sólo que su encomienda se encuentra a ochenta leguas al sudeste de la mía.

—Iré a visitarlo.

—Os proporcionaré un guía, pero espero que me alegraréis quedándoos. Conmigo en Biranas el mayor tiempo posible.

—A mi vuelta. Mañana partiré hacia Terzaga.

—Excusadme si os digo que, a menos de ser amigo de Roque Riscal, no comprendo por qué os tomáis la molestia de ir a su encomienda, que está demasiado lejos, y en la cual, al parecer, reina cierta tiranía, según comentan los indios. Ya varias veces han venido a mi campamento algunos escapados de Terzaga, pero, tal como es mi obligación, he tenido que hacerlos regresar a su procedencia.

—Bien, joven modelo de encomendero, os hago el mejor de los elogios al deciros que se respira aquí una paz idílica, y, por tanto, me aburriría lindamente. En cambio, en Terzaga, seguramente me divertiré mucho.

—Según se comenta, Roque Riscal es un hombrón de muy mal carácter, y pudiera darse el caso de que no os recibiera con agrado.

Ya sabéis la costumbre que iguala al encomendero y al capitán de barco: dueño y señor único. Quizá él acoja con mal talante las observaciones, pertinaces pero irónicas, que indudablemente vos haréis.

—Por eso digo que me voy a divertir.

Y a la mañana siguiente, pese a la insistencia de del Olmo, Diego Lucientes se puso en camino, acompañado del indio intérprete que le servía también de informador.

Capítulo VI

El bufón del retablo y el fin de la "Satanela"

Fenimore Graskell, cuando la "Satanela" quedó anclada en el estrecho acantilado que, como si una gigantesca hacha le hubiera abierto grieta, ofrecía seguro refugio, bajó a tierra con una secreta zozobra,

Por vez primera iba a verse a solas con Milagros, su esposa a la usanza de la región de los cañaverales. A solas, porque Narcisse Leblond no rondaba.

Antes de bajar, ordenó a Corentin Lamark, el lugarteniente, que permaneciera a bordo hasta su regreso. Sabía que el bretón era, según propia expresión del pirata Leblond, "un perro fiel a su amo".

Y el amo de Corentin Lamark era Narcisse Leblond...

Atravesó el pantanoso terreno de los cañaverales hasta llegar a uno de los caserones construidos en la falda de la colina situada en las estribaciones de la extensa cordillera que se perdía por la zona inexplorada del Gran Río, donde la leyenda hablaba de Amazonas.

El caserón en que entró llevaba el cartelón alusivo a sus concurrentes: "Calma Chicha".

Se detuvo en el umbral de la segunda sala de las varias en que se dividía el caserón-taberna, porque veía una serie de espaldas sacudidas por risas.

Miró hacia el fondo, buscando la causa de las risas, y vio un retablo de títeres. Un pequeño escenario en el que varios muñecos manejados por hilos y dedos estaban representando una farsa muy del agrado de la selecta concurrencia de piratas huidos, desertores y amotinados escapados de presidio.

Los títeres eran muñecos vestidos toscamente, el uno de juez, el otro de pirata y el tercero de vieja.

Los titiriteros invisibles que tras el retablo manejaban las marionetas, fingían voces: la una, engolada, pertenecía al juez; la otra, ronca y agresiva, era del pirata, y la tercera, cascada y aguda, correspondía a la vieja.

—¡Y válgame el código, que eres muy deslenguado, pirata! —tronaba el muñeco juez.

La respuesta del muñeco pirata era extremadamente grosera, lo cual provocó un nuevo acceso de risotadas entre la concurrencia.

Fenimore Graskell atravesó la sala, y poco después, al fondo del caserón, llamaba en la puerta de la habitación ocupada por la muchacha llamada Milagros “La Antillana”;

Abrió la puerta y el ella enmarcóse una joven de místico aspecto en su blanca túnica.

—¿Tú Fenimore?.. preguntó, con voz melodiosa.

—Déjame entrar, Milagros. Vengo solo. Quedó Leblond en el mar, y tardará en andar por aquí.

Ella apartóse, y cerró la puerta una vez que el pirata inglés hubo entrado.

Ceñudo, impasible y pulcro, como siempre, Fenimore Graskell sentóse en un escabel; su aspecto no revelaba en él al hombre de canallesca vida, culpable de miles de crímenes, que solo tenía un sentimiento: un amor extraño hacia la española que, ante él, empezó a hablar dulcemente.

—Esperaba este momento, Fenimore. Yo sé que me quieres. Nunca me los has dicho, pero me amas. Y un día te dije que si por unos instantes estabas lejos de la presencia maléfica de Leblond, yo te revelaría el misterio de mi personalidad. Sabes que por dos veces he intentado huir.

—Ninguna mujer saldrá de los cañaverales, Milagros.

—Yo debo Irme... Y tú, si estoy cierta que me amas, me ayudarás a huir.

—Estás delirando, española. Ni te amo, ni puedo escuchar necedades propias de una niña.

—No son necedades, Fenimore. Tú me ganaste en duelo ni pirata antillano que me raptó a bordo de un galeón español, trayéndome aquí. Yo le mentí al pirata antillano al decirle que era esposa del capitán del galeón, que, como todos, pereció en el combate.

—No me importa quién fuiste, sino quién serás. Cuando yo

termine la alianza con el capitán Leblond, quizá remonte hacia el Norte, en busca de tierra inglesa, y allí podría llevarte… quizá.

—Me consumo en la espera, Fenimore.

La española no hacía el menor gesto, y por eso mismo sus palabras resultaban más elocuentes. Hablaba como una mujer fatigada por largo martirio.

—Son cinco años, Fenimore, en que me he marchitado prisionera de malvados que me respetan porque primero el pirata antillano y después tú me hicisteis inasequible a los demás. Y durante esos cinco años he conservado la esperanza de que por fin hallaría un hombre que me pudiera ayudar. Tú puedes, Fenimore.

—¿Por qué yo?

—Porque eres inglés, y me amas.

—Soy inglés.

—Por tanto, aunque pirata, hallarías indulto en tierra española, si yo quisiera.

—No quiero indulto.

—Fortuna.

—Todas las que estáis por las Tortugas o por los cañaverales tenéis la misma locura. Os da por creeros hijas de príncipes o herederas riquísimas.

—Por mi rescate, mi padre pagaría montañas de oro; toda su fortuna de herencia, aumentada por su alto cargo.

—Si tan rico es tu padre, ¿por qué no se lo dijiste al pirata antillano?

—Me habría matado.

—Un pirata no mata a quien puede proporcionarle botín en su rescate.

—Un pirata español sí, porque todos odian a mi padre.

—¿Es virrey?

La ironía de Fenimore Graskell era tanto más cruenta, por ser precisamente emitida sin sonreír, con gesto impasible.

Milagros “La Antillana” no se alteró.

—Tú eres inglés, Fenimore, y, aunque eres cruel como los demás piratas, supongo que en tu corazón hay amor por mí. Por tanto, ni me delatarás ni me matarás, si no quieres ayudarme. Voy a revelarte la verdad, y puedes mandar hombre a Puerto Colombia a comprobarlo, ya que allí es donde reside mi padre desde hace

tiempo.

—Quizá sería mejor que callaras, porque no te suponía una pobre visionaria que sufre la locura de los cañaverales.

—Tengo que hablar ahora, Fenimore, ahora que no está a tu alrededor “Mefisto” y su malévola sonrisa despiadada. Si cuando regrese Leblond tú no me has ayudado, me mataré..., porque ya estoy al extremo de mis fuerzas de resignación y espera.

—¿Quién es tu padre?

—El almirante Diéguez, apodado el “Almirante Lúgubre” porque perdió la facultad de saber reír hace cinco años, cuando le comunicaron mi muerte a bordo del galeón asaltado por el pirata antillano. Yo soy Milagros Diéguez. Llévame a Puerto Colombia, y mi padre te entregará su fortuna entera; siendo pirata inglés, no te apresará.

Fenimore Graskell, en silencio, se puso en pie, y por vez primera enlazó la cintura de su esposa.

Ella cerró los ojos, palideciendo...

En el exterior, apoyado contra la pared, y debajo de la ventana, un hombre agazapado había escuchado toda la conversación.

Era Corentin Lamark, el hombre que tenía orden de Leblond de seguir a Graskell cuando éste tuviera su primera entrevista a solas con Milagros “La Antillana”.

* * *

En la sala ocupada por los. titiriteros y los espectadores, estalló otra serie de risotadas cuando el muñeco pirata decapitó al muñeco juez, y después, cogiendo entre sus dos tiesos brazos un libraco que representaba el Código, asestó con él furiosos golpes en la cabeza de la vieja, que prorrumpió en gritos agudos, coreados por los insultos del pirata y los de la concurrencia.

Cayó el telón, y de detrás del retablo salió un hombre alto, magro y de aspecto fúnebre, que llevaba entre sus manos un gorro de lana, en cuya punta colgante había una piedra que servía para dar a aquél la forma, de una bolsa.

—Yo, apodado “Él Bufón”, pido recompensa por el arte que he aprendido con mis, dos compañeros en un descanso entre cárcel y galera. Habéis reído, hermanos. Y la risa da apetito... y yo estoy famélico.

Pero los espectadores fueron levantándose, y uno a uno, o en

grupos, abandonaron la sala, volviendo todos la espalda cuando se acercaba el bufón del retablo tendiendo la bolsa improvisada por el gorro.

Quedóse solo el titiritero, y aproximóse a un mostrador tras el que dormitaba una vieja criada india.

—Agua de caña, vieja-pidió el titiritero.

—Paga... —replicó ella, abriendo un ojo.

Al ver la moneda, sirvió el quemante líquido, que "El Bufón" engulló de un trago, frotándose después los labios con el gorro estrujado.

Regresó tras el retablo, y en voz baja murmuró a sus dos compañeros: —Ni gorda, Marcos. Pero vamos progresando, Senén. Andamos libres por esta cochina tierra, donde si supieran quiénes somos nos iban a degollar en menos que chilla un cerdo.

Y Mariano Rodríguez, el vallisoletano pirata, uno de los hombres, en cuya astucia e inteligencia más confiaba el Pirata. Negro, fue metiendo en un saco los muñecos y el desarmado escenario.

—Esta noche a ti te loca, Marcos. Si ves la luz en aspa, ya sabes lo que debes hacer.

Pero los espías de la Legión del Mar al servicio del Pirata Negro habían de tardar aún varias noches en ver la luz en aspa...

* * *

"Cien Chirlos" cenó con inusitado apetito, pese a que la hora era temprana ya que aun no habían sonado los repiques de la campana anunciando el turno do relevo de las seis de la tarde.

Estaba cercana la hora del combate, y aquello lo exacerbaba el hambre.

Al rápido crepúsculo ecuatorial, el "Aquilón" salió de detrás de la isla alargada, para entilar proa linda el cercano acantilado de Bota.

La noche anterior, desde la isla que daba frente a la zona de Ion cañaverales, una luz giró en forma de aspa, cuatro veces consecutivas.

Una lancha partió de los cañaverales, y poco después Mariano Rodríguez había informado del número de hombres de la "Satanela", así como de su emplazamiento; luego se reintegró a su peligrosa misión, en compañía de los otros don piratas, para

anunciar los sucesivos anclajes del “Mefisto” y del “Islam",

Y al anochecer siguiente, el Pirata Negro expuso a “Cien Chirlos” el plan de ataque.

“Cien Chirlos” arrugó la su corcusida en múltiples arrugas de sonrisa, y dijo, pletórico de euforia:

—Bien va el nombre a la goleta, señor, que “Satanela” es mujerzuela de poca monta. Con tres sopapos, la hundiremos..., ayudados por el truco de tierra.

* * *

Fenimore Graskell, a las nuevo de la noche, revisó a bordo los puestos de vigilancia, y poco después asistió a la lista leída por un contramaestre.

Nadie faltaba a bordo: la orden era explícita. En el acantilado de Bota se estaba seguro, pero la seguridad no impedía que la tripulación culera estuviera obligada a pernoctar a bordo de la goleta.

A las nueve y media, despiertos sólo los centinelas a los cuatro costados de la goleta, Fenimore Graskell paseó unos instantes por cubierta.

Pensaba en Milagros Diéguez. Ella creía que iba a devolverla a su padre.

Y él había imaginado algo mejor: hacérselo creer, y cuando llegara Leblond demostrar a éste que podía confiar en su aliado, ya que compartiría con él un rescate cuantioso.

El amor platónico experimentado hacia la española quedaba ya substituido por una creciente pasión, que Fenimore Graskell consideraba degradante para él y superfina en un hombre fuerte.

Se detuvo con la diestra apoyada en la pistola, maquinalmente, al divisar una silueta que se acercaba. Los estrechos perfiles del acantilado no permitían percibir claramente los contornos, pese a las reglamentarias luces de popa, y proa.

—A la orden, capitán Graskell. Se presenta Corentin Lamark, en petición de permiso para bajar a tierra.

—Considero superfluo y reprobable, Lamark, que vos, mi segundo por orden del capitán Leblond, pidáis algo tan absurdo, cuando deberíais ser el primero en dar el ejemplo como lo doy yo. Las órdenes son que nadie baje a tierra desde las ocho de la noche hasta las siete de la mañana. Ya os queda tiempo durante el día

para emborracharos o recorrer las chozas de los cañaverales.

—Recibí orden del capitán Leblond de pediros permiso para bajar a tierra alguna noche.

—¿Motivo de esa contraorden?

—Desea que espíe, sin ser visto, a Gertie “La Walkyria”.

—Entonces, podéis bajar a tierra, Lamark. Considero superfluo indicaros que os estimo incapaz, de burda mentira, que sería descubierta por el capitán Leblond. Volved antes de las siete.



Los tres piratas estaban verificando una exhibición particular del tosco retablo para Gertie “La Walkyria” y Milagros “La Antillana”.

La germánica reía a mandíbula batiente, como una niña liberada de un continuo temor.

Milagros “La Antillana” había consentido en acudir solamente por petición de la propia Gertie.

Y en cuanto a los tres piratas, fingiendo aceptar con agrado la idea de ganarse unas monedas, tendían de vez en cuando el oído para percibir el remoto bramido de un cañoneo...

Pero no se oía ningún rumor fragoroso anunciando que el “Aquilón” atacaba a la “Satanela”.

De pronto, una alusión de Marcos en su papel de prestar voz y movimiento al pirata-muñeco, acalló las risas de Gertie.

—Yo soy el poderoso Leblond, “Mefisto” por buen nombre-había dicho Marcos, roncamente.

Y el temor renació en la germánica. Parpadeó, y volvió a asumir su aire inexpresivo, levantándose y abandonando la pequeña sala que daba salida a su alcoba y a la de Milagros Diéguez.

Ésta taconeó, y su gesto fue interpretado en su exacto sentido por los tres piratas.

Cesó la pantomima y asomó Mariano Rodríguez.

—¿Se fue la bella rubia?

—Fuiste torpe, bufón. Quiero creer que fue torpeza y no crueldad insana.

—¿Qué torpeza, hermosa?

Mariano Rodríguez era muy sensible al atractivo femenino. Pero prefería la corpulencia de la alemana, a la esbeltez de la española...

—No debiste citar a Leblond.

—¿No es Leblond el esposo de la bella rubiales?

—Bien se ve que no llevas tiempo en los cañaverales, bufón. De lo contrario, hubieras comprendido que lograr que Gertie olvide por unos instantes a Leblond y sus torturas, era un bienestar que no puede pagarse con oro.

—Si tanto le tortura, que huya.

—Ninguna mujer huye de los cañaverales.

Atusóse Rodríguez el copioso mostacho de guías enhiestas.

—¿No hay hombres de pelo en pecho que le disputen a Leblond su martirizada esposa?

—Eres imprudente, bufón. Aunque sea chanza, no debes decir eso. Si alguien te oyera, peligrabas.

—Nadie me oye; tan sólo tú.

Marchóse Milagros después de entregar varias monedas de oro a los tres piratas. Y entró Gertie, dirigiéndose rectamente a Mariano Rodríguez.

—Tú eres español valiente, bufón —dijo ella, guturalmente.

—No hay quien me tosa-galleó el vallisoletano.

—Yo sería buena esposa del que me llevara lejos de este infierno, español —y hablaba ella en voz baja,

—Tengo yo muchos trucos en la mollera, rubia espléndida que me ciegas con los faros azules de tus ojazos.

—Mucho oro tendrás si uno de tus trucos nos permite huir a Milagros y a mí. Somos prisioneras de dos demonios.

Y de pronto ella miró hacia atrás. No había nadie, pero temía a cada instante ver la imagen del pirata francés, su flagelador.

—Piensa, español. Yo podría ser tu buena esposa.

—¡Y un jamón! —dijo Marcos “El Alicantino”, saliendo de detrás, del retablo cuando se hubo ido la alemana.

—Sí que lo está-dijo, confundiéndose, Senén.

—Digo que te olvides de la rubia, Mariano-gruñó Marcos —. No hemos venido a retozar.

—Por partes, Marcos-dijo Mariano Rodríguez, atusándose de nuevo los mostachos —. Si cumplo con las órdenes, y encima me cae un obsequio, lo acepto.

—No es obsequio esta rolliza yegua.



...el "Aquilón" disparaba otra segunda andanada.

—No seas aguafiestas, Marcos —protestó el vallisoletano—. Si la esposa de Leblond se ha enamorado de mí, ¿tengo yo la culpa? Quiere huir de aquí, y yo tengo ya el truco. He visto mujeres de todas clases, y aunque mal me esté el decirlo, muchas me han favorecido, pero ninguna me ha dado la Impresión del que en tinieblas ve de pronto una luz. Ella es mi luz, y me la llevaré a Puerto Colombia... después que Leblond y el árabe estén sirviendo do comida a los peces.

—Leblond se enterará de que haces la rosca a su yegua, y la coz que te va a soltar lo mandará al otro mundo.

—A coces, soy el amo, Marcos. No te pongan penado, Yo navego y sé guardar la ropa.

Marcos tendióse encima de su capa, bostezando,

—Allá tú, Mariano dijo solamente.

Tendióse también Mariano, y poco después, Senén lo daba la razón a medida que el vallisoletano explicaba que a "cierta edad" el hombre debe pensar en mujer que lo cosa los botones y lo lleve café caliente a la cama.

Faltaba una hora para el amanecer, cuando los tres piratas se enderezaron al mismo tiempo, abandonando el sueño en que estaban sumidos.

Lejos, acababa de atronar los espacios el inconfundible rumor de unas andanadas de cañón...



A partir de las nueve de la noche, la mitad de los tripulantes del "Aquilón", al mando personal del Pirata Negro, empezaron a avanzar lentamente y en silencio por el boscaje que conducía a la cumbre del acantilado de Botá.

No podían ir muy deprisa, porque arrastraban varias culebrinas, cuyas ruedas estaban envueltas en trapos...

Y los que no servían do improvisados caballos, llevaban a cuestas las cajas de proyectiles, las mechas y los cuernos de pólvora.

Fue larga la caminata, pero al final quedaron divididos en dos grupos invisibles, uno en cada cumbre del estrecho acantilado.

Dominaban el arte de aprovechar cualquier accidente del terreno para encubrirse, y la arboleda de las cumbres era suficiente para disimular los cañones cubiertos con pardas lonas embreadas, que con sus bocas cargadas de metralla, apuntaban atinadamente distintos puntos vulnerables de la "Satanela", la goleta de Fenimore Graskell.

El Pirata Negro fue comprobando el punto de mira de pieza por pieza, rectificando alguna levemente desviada a su parecer.

Para dar la orden de fuego, aguardaba a que el "Aquilón", costeando, desembocara frente al acantilado, maniobra que no tendría lugar hasta media madrugada.

Y de pronto, el "Aquilón" perfiló su estampa airosa entre las tinieblas...

—¡Aplicad mechas! ¡Fuego!... ¡Redoblad!

Los tres mandatos estentóreos fueron el prólogo a la rápida destrucción de la goleta.

Mientras la primera andanada de los cañones instalados en la cumbre de cada uno de los acantilados, alcanzaba de lleno en la

línea del casco a la goleta, el “Aquilón”, con el resto de los artilleros preparados, disparaba otra segunda andanada...

En la cumbre de los acantilados, algunos de los piratas parcheaban con vigor sobre sus tambores.

Los ecos de aquel redoble repercutían por todos los ámbitos, dando aún más frenesí alocado a los sorprendidos en el sueño, que aparecían cala arriba, desparramándose por cubierta, con la convicción de que eran atacados por ejército de infantería de marina...

El doble ataque, cayendo del cielo y brotando de las bordas del “Aquilón”, no permitió a la “Satanela” más que una sola réplica: una desordenada y mal dirigida salva de disparos que no dañó siquiera al velero, que, bajo el mando de “Cien Chirlos”, acababa de variar rumbo en lateral desplazamiento...

La “Satanela”, desmantelada, mató a muchos con el desplome de sus palos, derribados por nuevos, cañonazos. La contundencia del ataque abrió anchas vías de agua a efectos de la primera andanada, y pronto la goleta se elevó de proa, escorando peligrosamente...

Varios supervivientes arrojáronse al agua, nadando vigorosamente hacia la playa, mientras otros, que pretendían hacerlo mar adentro, enloquecidos, perecían o retrocedían ante las ráfagas de disparos de mosquete que partían de las bordas del “Aquilón”.

Los que llegaron a tierra tuvieron un recibimiento caluroso. La “Satanela” hundíase ya verticalmente, formando anchos remolinos.

Fenimore Graskell, “Ojos de Plata” había perecido al ser alcanzado por la metralla de la andanada del “Aquilón”...

El ataque había sido rápido, desarrollándose en brevísimos instantes...

Cuando Corentin Lamark, regresando apresuradamente de los cañaverales, donde había pasado la noche, llegó al acantilado de Botá, sólo vio unos cadáveres colgando de palmeras de la playa.

Cadáveres de tripulantes de la “Satanela”...

De la goleta no había rastro alguno, pero la resaca iba llevando a la playa restos de maderas ennegrecidas por cañonazos, y entre ellos un trozo de madero con las letras “SAT...”

Corentin Lamark, había acariciada la idea de ser algún día capitán de la goleta. Sus ojos se humedecieron, y elevó la vista a lo

alto, ya que en el horizonte no se divisaba vela alguna.

Tres postes en cuya parte superior divisábanse claramente blancos cuadrados de madera que ostentaban trazos negros, llamaron su atención.

Corentin Lamark ascendió, y por el camino vio las huellas que habían dejado las ruedas de los cañones transportados...

Una de las pancartas de madera pintada en brea, decía:

“Epitafio para “Ojos de Plata” y la “Satanela”.
“A traición mueren los reptiles, que honrarles sería darles lucha leal.”

“Conde Ferblanc.”

Arrancó Lamark el cartel-epitafio, que se colocó bajo el brazo. Nadie, en los cañaverales, debía leer lo que había sido escrito por orden del jefe de la Legión del Mar...

Era preferible que los que atraídos por el fulgurante ruido del combate, y atravesando los pantanos, iban llegando a la playa, creyeran en el ataque de corsarios enemigos...

El segundo cartel rezaba:

“Pon tus barbas a remojar, “Mefisto”.
“Pronto te reunirás con el inglés, pero antes bailarás en lo alto de mi mástil”.

“Conde Ferblanc.”

El tercero era más extenso, y la letra, menuda, aunque muy legible:

“Al imberbe novel Cheij Khan, “El Chacalillo”:

“En el sitio, lugar y hora que yo elija,
te cortaré la diestra por ligera,
y la lengua por embustera

“Conde Ferblanc.”

Capítulo VII

La prisionera, el emisario, y fugar con fuego

Alfredo Huarte, al igual que Mireya de Ferjus, sólidamente atados a la banqueta de la carroza, miraron con diferentes sentimientos al que tras cuatro horas seguidas de intenso galopar, desmontaba acercándose a la carroza, cuyos caballos sudorosos relinchaban fatigados en demanda de reposo y agua.

Un riachuelo corría rumoroso por entre el ancho sendero rodeado de vegetación alta.

Cheij Khan entró en la carroza, sentándose ante los dos prisioneros.

La Voz del Hurón no tenía cobardía, porque era un hombre soñador, indignado, el que vociferó:

—¡Canalla vil! ¡Raptor de mujeres!...

—Sólo hay una, maese Huarte. ¿O también os consideráis mujer, ya que sois gacetero “recogedor de chismes y diretes?

Mireya de Ferjus en silencio, observaba a su raptor. Le suponía simplemente un joven pirata deseoso de hacer fortuna pidiendo enorme rescate al conde Ferblanc.

Y seguía atribulándola el pensar que conocía al pirata árabe, y no podía todavía precisar de dónde... Tenía miedo... pero confiaba en su esposo, y en la codicia de la grey pirateril.

—Si tuviera las manos desatadas, le abofetearía, inmundo árabe. Engañaste a una dama de bondadoso corazón.

—Y te demostré que, si me lo propongo, soy filósofo.

—¿Cómo... pudiste?..

—Estuve en París, y conocí al verdadero Louis de Jouvenel. Un pedante y yo he mejorado su cháchara. Esos filósofos que todo lo estudian desde sus alcobas, son pobres equivocados. Pero no he

venido a filosofar. Vos, señora marquesa, seguiréis viaje conmigo. En cuanto a vos, maese Huarte, vais a ser mi emisario. No rechistéis... Si os matara, sería un necio, ya que destruiría la posibilidad de que el conde Ferblanc supiera que su esposa está en mi poder. Os voy a desatar. No os sintáis valeroso, porque perjudicaríais a esta noble y bella dama.

La indiferencia y el desdén con que hablaba Cheij Khan, eran más impresionantes que cualquier gesto de amenaza.

Sonrió con su característica mueca de rictus cruel al quedar libre Maese Huarte al cual empujó de un manotazo hacia fuera.

El pobre gacetero rodó al sucio, y por unos, instantes pareció, sin sentido.

—Cobarde-dijo, despreciativamente, Mireya de Ferjus.

Cheij Khan la miró sonriente:

—¿Se os contagió la bravuconería de vuestro esposo, encantadora marquesa de Ferjus?

—Cobarde es el que pega a un hombre indefenso.

Bajó Cheij Khan encogiéndose de hombros, y asiendo por los sobacos a maese Huarte, lo puso en pie, manteniéndolo en vilo.

Y Alfredo Huarte, convertido en un pelele humano, supo hallar una frase digna:

—La fuerza al servicio de la maldad es vencida por el desdén del honrado.

—Hermosa frase, gacetero. Apúntala para que la lean tus ociosos clientes. Ahora, escúchame con todas tus orejas. Volverás a Puerto Colombia, y publica o pregona a grito pelado, que yo he raptado a la esposa del conde Ferblanc...

Soltó Cheij Khan al gacetero, empujándolo lejos de la carroza.

—No tienes pérdida, maese Huarte. Sigue este sendero, y divisarás el monte que domina, orgulloso, la ciudad de Puerto Colombia. Y puedes decirle al conde Ferblanc que yo, Cheij Khan, no mataré a su esposa, hasta que no le haya dado muerte personal a él. Que me busque, que fácil le será, porque dejaré huellas de mi paso por doquier vaya el “Islam” o por donde pisen los cascos de mi caballo y ahora, te dejo libre de agradecerme o no que quedes vivo. Creo que el vivir no es un don que haya de agradecerse... ¿Es filosofía o no, mi pesimismo juvenil y sonriente?

Alfredo Huarte se ajustó las antiparras, uno de cuyos cristales se

había roto al caer.

Miró unos instantes al que había creído hasta cuatro horas antes un hombre comedido, de espiritual intelecto.

—Yo… volveré con el conde Ferblanc. Quiero ver cómo te mata. Y si la señora marquesa ha de sucumbir, no cejaré aunque halle la muerte. ¡Quiero pedirle perdón!

Y corrió Alfredo Huarte hacia la carroza, donde entró e inclinando la cabeza lloró besando las manos atadas de Mireya de Ferjus,

—Pediros perdón, Mireya, sería añadir escarnio a mi maldad. Yo os juro…

—No tenéis la menor culpa, amigo. Vos y yo creímos en el engañador semblante del pirata árabe. Id, y cumplid como emisario. Yo sé que nada me pasará. Id, mi buen amigo y no os desconsoléis. Veréis cómo el conde paga el precio que le pidan.

Marchóse Huarte, sin tener valor para confesar que el precio que pedía Cheij Khan era la propia vida del conde Ferblanc.

Lejos de la carroza le cogió por el hombro Cheij Khan:

—Advierte al conde Ferblanc, que yo a solas, quiero darle una agonía digna de él. Que si viene con trampas u hombres, también yo sé de trampas, y tengo hombres.

Maese Huarte miró por última vez al joven que se le antojaba encarnación de la crueldad fría y sin misericordia.

—¿Has pensado que tu inteligencia te dará el mayor castigo, pirata? Porque eres, inteligente, tanto como vil…

—Tengo la funesta manía de pensar, y no temo castigo alguno.

—Quien el mal siembra, el mal recoge.

—Yo recogí el mil, sin nada haber sembrado. Anda, covachuelista, vete… Se hace tarde, y he de reanudar camino. Orienta al conde Ferblanc, y dile que partí hacia el Oeste, pero que a cualquier punto cardinal donde me traslade, él sabrá de mí. Y que su esposa será tratada con todos los miramientos debidos a su rango. Es el señuelo infalible… y yo no cometo abusos con seres débiles que lleven faldas, porque me son indiferentes. A ti te empujé, porque desprecio al hombre débil. En vez de leer y escribir tanto, deberías correr, montar y saltar. Vete, maese Huarte, porque me das pena… Eres un hombre bueno. Y por eso mismo me das pena: ser bueno es no tener la fuerza de ser duro. Lárgate, maese

Huarte.

Volvió la espalda Cheij Khan cuando ya el gacetero, con paso menudo y nervioso, alejábase en sentido contrario al que había seguido la carroza.

Ató Cheij Khan su caballo al eje posterior de las ruedas, y se instaló en el interior de la carroza, frente a Mireya:

—Partió ya el emisario hacia Puerto Colombia.

—Mi esposo te pagará cuanto pidas.

—No lo dudo, porque si no paga ahora, le cobraré cuando me lo proponga.

—Mi esposo enviará inmediatamente el oro que has pedido.

—¿Oro? ¿Para qué quiero yo oro?

—Tus chanzas son propias de pirata. Pero eres joven para ser ya tan malvado.

—En mi cuna no había corona de marqués, delicada señora. No soy malvado. Odio simplemente a todos los humanos.

—Por el mal que unos pudieron hacerte, no deben pagar los que no tienen culpa.

—Arguyes mucho, Mireya... Come mejor. Este árabe te tiende un sabroso bocado.

Un joasme acercaba a la boca de la maniatada una fruta jugosa, de pulpa muy alimenticia y refrescante que abundaba en aquellos lugares.

Mireya rehusó, apartando el rostro.

Cheij Khan inclinóse para desatar las ligaduras que mantenían inmóvil a la esposa del Pirata Negro.

—Libre estás de coger o no a tu antojó la comida que desees —. Y en árabe añadió Cheij Khan unas palabras ordenando al joasme que trajera para él, su extraña comida habitual.

Mireya de Ferjus guardó silencio, mientras Cheij Khan comió los dátiles y la carne cruda...

“Una fiera hermosa”... pensó Mireya, y de pronto sus ojos se desorbitaron mirando con asombro al desconocido para ella.

“Una fiera hermosa”... había dicho varias veces Gabrielle hablando de Cheij Khan, y ahora comprendía por qué creía conocer a aquel pirata...

¡Pero era imposible! El propio Lucientes había asegurado que Cheij Khan había sido ajusticiado por descuartizamiento en la plaza

parisiense de Greves…

Bebió Cheij Khan despacio un sorbo de agua, y después, con su proverbial tono pausado, inquirió:

—¿Qué ocurre, marquesa? Me miras como si vieras a un fantasma, o te asustara algo en mí. No temas… Las mujeres no me atraen. Las considero un adorno, tan carente de interés, romo un bello loro estúpido o una cordera rizada.

—No sé… tu nombre.

Cheij Khan se puso en pie, bajando de la carroza:

—Hora es ya de ponernos en camino. Faltan aún muchas leguas para cubrir la primera etapa.

En árabe gritó órdenes a los cuatro joasmes, mientras desatando el caballo, lo montaba.

Se colocó junto a la ventanilla:

—¿Para qué quieres saber mi nombre? ¿No te lo dijo tu amante marido, el conde Ferblanc?

—Me dijo que lo ignoraba.

—Te mintió, porque bien dejé dicho por doquier, y mensaje recibió de reto, que yo era Cheij Khan, apodado desde muy niño, "El Chacal".

Picó espuelas Cheij Khan, a la vez que la carroza se ponía en marcha, y por tanto no pudo ver el indefinible estupor que se plasmó en el semblante de Mireya (le Ferjus.

Ahora comprendía por qué Lezama no le había dicho el nombre del pirata árabe novel, que capitaneaba el "Islam".

Cheij Khan era un asesino, pese a que Gabrielle le amara, y el propio Lucientes pareciera apreciarlo.

¡Y Carlos Lezama salió para matar a Cheij Khan!… Porque quería, de acuerdo con Lucientes, evitar que de nuevo el asesino "Chacal" se viera ante Gabrielle…

Comprendía también el motivo del rápido viaje de Lucientes llevándose a su hija a la otra costa.

¿Había venido "El Chacal" a raptar a Gabrielle? Pero, ¿por qué, entonces, era ella la raptada? ¿Sería que Cheij Khan ignoraba que los Lucientes habían permanecido en Puerto Colombia hasta pocos días atrás?

No debía saberlo, porque entonces se hubiera informado, partiendo hacia la Costa Dorada…

Siguió sumida en un mar de confusos pensamientos durante el resto del largo viaje, hasta que, al anochecer, se detuvo la carroza, y volvió a entrar Cheij Khan en el interior, sentándose ante ella.

—Dentro de tres horas reanudaremos y terminaremos la primera parte del viaje. Esta linterna alumbra poco, pero lo suficiente para adivinar en tu rostro.algo semejante a pasmo. ¿Te extraña que te trate sin violencias?

—Sí.

—No las temas. Sólo te daré muerte, cuando haya enterrado a tu amante marido.

—¿Soy yo... el señuelo para atraerlo a él?

—Tu inteligencia ha tenido un chispazo de luz. Mireya. Tú lo has dicho. Si tu esposo es tan absurdamente sentimental que prefiere morir con tal de no vivir sin ti, tú serás el señuelo. Si, como espero, es simplemente un pirata ensoberbecido por suerte y adulación, tendré que ir en su busca.

—¿Por qué... quieres darle muerte?

—Tenemos tiempo, y puedo contarte la razón. Tu esposo es un pirata renegado. Estuvo como bandolero de mar en costas africanas. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Y allí, entre sus muchas fechorías, dio muerte a mis padres.

—¡Mientes! ¡Es falso!

—Gritos que salen de tu corazón, Mireya. Tienes corazón, y yo no, porque el Pirata Negro, al dar muerte a mis padres, me convirtió en un paria, en un sin hogar, en un indiferente al mundo, hasta que... hasta que de nuevo la mano del crimen me quitó la última esperanza, dando muerte a la mujer que yo amaba.

Mireya de Ferjus comprendió repentinamente que Cheij Khan, por motivos ignorados creía muerta a Gabrielle Lucientes.

—Hasta el afán de venganza voy perdiendo, marquesa. Pero el Pirata Negro es el culpable de mi falta de juventud, y mi total abandono carente de interés I por algo.

—Él no mató a tus padres.

—Justo es que defiendas a tu marido. Por lo visto os amáis. ¿Pero no es él un vejestorio?

—¡Tiene la arrogancia y la fuerza de un hombre de treinta años! ¡A combate vence a quien sea!

—Mucho le quieres-sonrió Cheij Khan. —Te ha ofendido que le llame vejestorio, pero el hombre, al pasar de los cuarenta y cinco, es ya un blandengue...

—De un manotazo te derribaría Carlos Lezama como derribaste tú a maese Huarte... Porque eres alfeñique armado y cobarde.

—Tienes valentía, marquesa. Nunca he pegado a una mujer, pero si insistes en llamarme alfeñique, saldrá una rosa encarnada en tu mejilla. Yo, soy "El Chacal", el que levanta pesos triples al mío, por encima de mi cabeza. El que detiene a dos caballos al galope, sin moverse. Mis músculos son de hierro y... ¡Bah, soy un niño! Mi fuerza la conocerá el conde Ferblanc, y tú serás testigo. Al "León Plateado" lo vencerá "El Chacal", y por capricho reinaré en El Caribe.

—Si piensas atraer a mi esposo, te equivocas. Él tiene una misión como jefe, y antes que esposo es militar.

—¿Militar? ¿Un pirata renegado? El conde Ferblanc es un traidor a su casta y un cobarde que se ampara tras las espaldas de la Ley.

Mireya estaba íntimamente convencida de que el Pirata Negro acudiría solo y desarmado si preciso fuera, con tal de no perderla...

Y unas lágrimas cayeron lentamente de sus pestañas.

Cheij Khan iba a sonreír, cuando de nuevo "la voz oculta", la voz de hidalguía de su padre, se impuso a su sangre zíngara y a su filosofía de crueldad.

Le molestaba ver llorar a una mujer, que tenía el rostro y la delicadeza de una madona italiana...

—¿Por qué lloras, mujer?

—Si fueras hombre respetarías al menos mi llanto.

—Hombre soy,

—Fiera eres inhumana. Vete... Déjame a solas.

—Mando yo aquí y por todas partes.

—Vete...

Cheij Khan, desconcertado, descendió de la carroza. Le molestaba comprobar que el mudo llanto de una mujer desesperada, le afectaba.

Aquellos síntomas de debilidad que de pronto le asaltaban cuando se disponía a cometer una mala acción, los achacaba a cierta predisposición a enternecerse fácilmente.

Y media hora después, regresó a la carroza, dispuesto a no sentir más debilidades.

Truco ese de las lágrimas que siempre, desde los tiempos de Eva, despierta la tontería masculina excitando al hombre a sentirse generoso y perdonar. ¿Qué generosidad puede nadie esperar de mí? ¿Qué perdón a nadie concederé cuando todo ser humano es un criminal en acción o un malvado latente?

Mireya de Ferjus musitó:

—Gaby… La muñeca de ojos azules… La que te amaba hasta el día en que te convertiste en un chacal sediento de sangre… Gabrielle Lucientes.

Cheij Khan perdió su sempiterna serenidad al oír mencionar el nombre de la que suponía muerta.

Asió por el hombro a Mireya de Ferjus:

—¿Cómo conoces tú el nombre de la que me dejó odiando al mundo entero?

La soltó de pronto, recuperando su impasibilidad:

—Comprendo… Tu hijo, el marquesito, conoció a Gabrielle y también me conoció… ¿Sabes por qué no puedo tener piedad de ti, Mireya de Ferjus? No sólo porque eres el amor del Pirata Negro, sino porque eres madre de un falsario, un mequetrefe perfumado, que no sé por qué motivos, declaró que yo era culpable de cuatro crímenes. No hables, Mireya… El haber citado el nombre de Gabrielle, de nada te ha de servir.

Saltó fuera Cheij Khan montando a caballo. Y la carroza partió de nuevo, sin que el hijo del Pirata Negro se acercara para nada a la ventanilla de la carroza.

Al filo del amanecer, se detuvo la carroza en una explanada abierta en lo alto del bosque que coronaba una loma.

Lejos se divisaba el azul horizonte del mar Caribe…

Varios hombres salieron de entre la vegetación, y Narcisse Leblond apareció acercándose a Cheij Khan, que desmontaba.

—Puedes ya iniciar la marcha hacia Puerto Colombia cuando quieras, capitán Leblond. Traigo a la marquesa-señaló.

Narcisse Leblond denegó con la cabeza.

—No puedo ya atacar.

—¿Cambiaste de idea?

—Ha habido un soplo. Alguien, desde los cañaverales, ha

enviado información a Puerto Colombia, y allí han reforzado la guarnición, abriendo trincheras y parapetándose… Sería correr a un fracaso. ¿Quién pudo ser el que informó?

—Yo no, si eso es lo que insinúas, capitán Leblond.

—Hay, pues, en los Cañaverales, espías de la Legión del Mar. Ahora lo sabré. Aquí, como quedamos, he esperado tu entrega.

—¿Qué entrega?

—Aquella prisionera.

—Es presa mía.

—No juegues con fuego, chacal. El pacto fue que irías a raptar a Mireya de Ferjus.

—Lo he cumplido.

—Que me la entregarías.

—A esa petición no repliqué, y lo hago ahora. Hay un proverbio árabe que dice: “El que salta al cercado ajeno, come la fruta que roba, porque también es quien sufre el empacho”..

—Somos diez, y tú sólo tienes cuatro hombres.

—Sabes que yo necesito muchos más hombres, “Mefisto”. No enrojezcas de ira, pensando que si hubieras adivinado mi actitud, habrías traído más escolta. ¿Quieres pelea? Vamos a ello, que siento hace tiempo ansias de convertirte en pulpa sangrienta que riegue las raíces del árbol más recio de cuantos te rodean.

Narcisse Leblond acudió a la sonrisa:

—Eres un lobezno traidor, “Chacal”.

—¿Traidor a quién, “Mefisto”?

—A mí, que soy tu capitán.

—Nunca te reconocí como jefe mío. Allí ancla el “Islam” y no muy lejos el “Mefisto”. ¿Quieres medir nuestras fuerzas? Tartar vale más que tú…

—¿Porqué me odias? Yo salvé tu vida.

—A cambio de una infamia más. Te odio porque me devolviste la vida, intentando aumentar aún más mi nativa fiereza, convirtiéndola en depravada y perversa.

—Hablas como un moralizador. Llévate a la prisionera. Juegas con fuego y atente a las consecuencias.

—Tus amenazas me causan la misma impresión que el balido de un borrego… No vuelvas a enrojecer, “Mefisto”. Tú me enseñaste el arte de herir duramente con la burla.

—Allí está el “Islam”, “Chacal”. Si quieres entregarme la prisionera, en los cañaverales estoy. Allí te esperaré... Mutuamente nos necesitamos para, junto con “Ojos de Plata”, terminar con el conde Ferblanc y su maldita Legión.

—Iré a los cañaverales cuando me apetezca, “Mefisto”. Es preferible que te alejes tú primero. Yo no he de presentarte nunca las espaldas. Tú puedes, porque no pienso matarte sin que te des cuenta.

Narcisse Leblond volvió n sonreír y nada de risueño habla en sus palabras:

—Gracias, “Chacal”. Me has devuelto una pasión.

—¿Cuál?

—La insana obsesión de administrarte las peores torturas...

La sonrisa de Cheij Khan fue tan despreciativa, que el insensible Leblond prefirió marcharse.

Era el primer hombre que quedaba en vida después de desafiarle, pero él y cuatro joasmes eran muchos para él y sus diez piratas.

Permaneció a bordo del “Mefisto” después de entregar a un emisario una carta y la orden de reventar caballos para llegar cuanto antes a Puerto Colombia.

La carta decía:

> “Al conde Ferblanc:
>
> “Tu esposa estaba en poder de Cheij Khan. Ya no lo está. Ven por ella a los cañaverales. Te doy un mes de tiempo. Después... será tarde”.
>
> ”Narcisse Leblond”

A medida que el “Mefisto” iba saliendo del delta, Narcisse Leblond meditaba entre dos rumbos.

O salir al paso del "Islam” y entablar combate igualado, o dirigirse al acantilado de Botá.

Primero era el conde Ferblanc...

A media singladura, divisó a lo lejos una silueta de velero. Poro lo ojeó indiferente sin adivinar que era el “Aquilón” que enfilaba proa hacia Puerto Colombia.

Capítulo VIII

El señuelo infalible

El Almirante Diéguez escuchó las explicaciones que, con profundo abatimiento, le daba maese Huarte. Limitóse a replicar que al regreso del Pirata Negro, él comunicaría la fatal noticia.

Después, llegó el mensaje de Leblond entregado por un jinete que, sin disminuir el galope de su montura, lo arrojó a la entrada del palacio.

Y tres días después, Carlos Lezama, apenas desembarcado, fue en compañía de "Cien Chirlos", a comunicar su novedad al Almirante:

—Uno menos, Excelencia. Anuncio el hundimiento total de la tripulación de la "Satanela" Cuando conozca el lugar de anclaje de "Mefisto" o de Cheij Khan, me pondré de nuevo en marcha.

—¿Vuestro lugarteniente es el único hombre en quien, aparte Diego Lucientes y yo mismo, tenéis, confianza, no es así?

—Ciertamente, Excelencia. Don Marcelo ha navegado conmigo años y años y es mi sombra buena, porque a veces me evitó cometer hechos imperdonables.

—Sentaos, don Marcelo —invitó el Almirante.

Más que la invitación, lo que enajenó de satisfacción al viejo pirata fue la frase de su ídolo llamándole "su sombra buena".

Tengo grave noticia que comunicaros, Lezama. Os la haré saber de hombre a hombre. Después... quizá tenga que hablar el Almirante. No andaré con preámbulos: vos tenéis la fortaleza suficiente para que el hachazo más certero no os desplome.

—Juzgo grave el exordio, señor.

—Vuestra esposa...

Carlos Lezama palideció y la vacilación del Almirante en

continuar, dio mayor certidumbre a su repentina sospecha.

—Vuestra esposa… está en poder de Narcisse Leblond, quien ha enviado esta carta. Leedla… No pude evitarlo, Lezama.

Leyó el Pirata Negro la carta de Leblond y en silencio la dobló colocándosela en la abertura de su casaca.

—¿Cómo pudo el árabe raptar a una dama en plena ciudad de Puerto Colombia? ¿De qué sirve la nube de comilones soldados que acatan vuestras órdenes?

Brillaban intensamente los negros ojos de Lezama, fijos coléricamente en el semblante de Juan Diéguez.

—Mientras estaba yo en el mar, nadie… ¡nadie en todo Puerto Colombia fue capaz de salvaguardar la vida de una mujer acogida a la hospitalidad de españoles! ¡Valiente rebaño de ciegos y cobardes os honráis en mandar, señor!

—Os explicaré lo sucedido, Lezama. Podría decir que siento casi tanto como vos, le sucedido, porque a vuestra esposa profesé el afecto que dejó en mi corazón el recuerdo de mi hija muerta en manos de piratas antillanos.

—¿Vuestro sentimiento acaso me la devolverá salva y sin daño alguno?

—Lo sucedido fue así…

Narró Diéguez la inocente intervención de Alfredo Huarte y el mensaje verbal de Cheij Khan…

—¡Mucho código tenéis vos, señor! Pero falta en ellos un artículo que condene a pena de horca al que no sepa distinguir a un pirata de un filósofo… Adiós, señor…

—Un instante, conde Ferblanc. Vos no podéis obrar impetuosamente como un alocado joven que sufra justamente un hondo pesar irremediable. Os debéis a la Legión del Mar…

—¡Mal rayo parta a la Legión del Mar y a vos el primero! ¡Maldito seáis por haberme encadenado! —Y el Pirata Negro, apoyadas las dos manos en la mesa, adelantó el busto hacia el Almirante.

“Cien Chirlos” en pie, angustiado, contemplaba la escena con una zozobra inmensa.

—Desfogaos, señor —dijo serenamente Diéguez, levantándose—. No pienso acusaros de injusto hacia mí, porque yo, en vuestro lugar, también haría lo mismo. Cuando os calméis, intentaremos hablar

con reposo y madurando lo que debéis hacer.

—Es mi esposa, señor, la que va a morir. Sé quién es Leblond y, por tanto, nada espero de él. Nada humano. ¿Vais a intentar decirme con banales consuelos que puede rescatarse Mireya?

—Lamento compartir vuestra opinión. Ningún poder humano puede intentar el rescate de Mireya en los cañaverales. Podemos arrasar los cañaverales… pero ella morirá.

—Entonces, estimo ya innecesaria mi presencia aquí.

—Aguardad un instante.

—¿Orden?

—Ruego. ¿Tenéis inconveniente en decirme lo que pensáis hacer? Creo adivinarlo.

—¿Qué haríais vos?

—En el primer momento, lo que pensáis. Pero después… atendería a la voz de la razón.

—¿Es vuestra la voz de la razón?

—Sí. Porque pasé por el mayor dolor que un hombre puede sobrellevar y puedo comprender vuestro dolor. Vais a dirigiros a los cañaverales, ¿no?

—Sí.

—¿Solo?

—Es mi única posibilidad de llegar.

—Moriréis.

—Muerto estoy ya… ¡Vedme! Perdí a mi hijo, porque el mar me reclamaba, y mientras, Carlos, pereció tras mi estela. Perdí a mi otro hijo, porque por darle un hogar le convertí en un afeminado violinista. He perdido ahora a mi esposa, porque estando yo en el mar, no hubo en Puerto Colombia quien la defendiera.

—Ir a los cañaverales es suicida, Lezama.

—Repito que es mi única esperanza. Con el “Aquilón” o con todas las fuerzas de la Legión del Mar, menos probabilidades tendría Mireya. A solas, quizá pueda lograr…

—¿Qué? Supongamos que lleguéis hasta los cañaverales. Podréis, quizá, también ver a vuestra esposa. ¿Y después? Huir con ella os será imposible. Moriréis ante sus ojos, si no está ella muerta cuando vayáis. Duro soy y no pido perdón. Os hablo claramente, porque no soy un asesor desinteresado. Araña mi corazón el pensar que en nuestra lucha de hombres, una dama a la cual profeso cariño

que la muerte de mi hija había dejado exhausto, está sufriendo. Pero añadir vuestra muerte es suicidio inútil.



Espada en mano, avanzó hacia un seto...

—Seguid von vuestra Legión del Mar. Mi lugarteniente me reemplazará.

—¡Yo, señor, voy contigo! —gritó "Cien Chirlos”.

—No. Es mi última orden, don Marcelo. A lo mejor vuelvo con ella. Tú estarás aquí, porque así te lo mando.

—Olvidáis que en la Costa Dorada os espera ocasión de morir noblemente, conde Ferblanc, y no en suicidio...

—Adiós, Excelencia. Si antes fui algo injusto con vos, sabréis no guardarme rencor.

El Almirante Diéguez avanzó, y fundióse en estrecho abrazo con el Pirata Negro:

—Id, Carlos Lezama. Yo... os vengaré.

Dos días después, el Pirata Negro desmontó de un salto a medio camino, entre matorrales.

Espada en mano, avanzó hacia un seto tras el que movíase una sombra.

—Asoma la jeta, guapetón-conminó —. Quiero partir el hocico a un indisciplinado rebelde.

“Cien Chirlos” apareció, cabeza gacha.

—¿Me viste, señor?

—Te vi desde ayer. Galopabas frente a mí, con ventaja de leguas. En fin, don Marcelo, hemos vivido mucho tiempo, ¿no?

—Me apena... verte así, señor. ¡Llora, grita señor! Pero me das miedo... Hay fiebre en tus sienes, señor...

—Estuve un día a solas cabalgando, aragonés. Lo que pensé y los arañazos de mi alma... han pasado. Ahora veremos cómo saben morir dos hombres como tú y yo. ¡Al galope, guapetón! ¡El fuego purificará los cañaverales!

Capítulo IX

La revelación

Mireya de Ferjus había oído toda la conversación sostenida ende Narcisse Leblond y Cheij Khan.

Cuando el pirata francés hubo partido con su escolta, Cheij Khan acercóse a la carroza.

Y de nuevo emprendió la marcha la pequeña comitiva hacia la costa, donde poco después se detenía.

—Desciende-conminó Cheij Khan. —En lo sucesivo, y hasta que yo me enfrente con el conde Ferblanc, aquel navío será tu prisión.

El velero, al que daba acceso una pasarela, ostentaba a proa el letrero "Islam". Los tripulantes, sólo con largos y anchos pantalones, desnudos torso y pies, rodeaban sus cabezas con blancos turbantes, en los que, al igual que en el pabellón, una media luna trazaba su arco.

Las cabrías izaron la carroza, mientras Cheij Khan, llevando de la brida su caballo, conducía a la prisionera sujetándola por un hombro.

Y la que hasta entonces había resistido impávida, aunque íntimamente apenada, el nuevo avatar de su existencia, sintió que de repente flaqueaba su ánimo, al ver acercarse a un coloso de catadura siniestra.

Tartar medía unos dos metros de estatura, y, desnudo de cintura para arriba, mostraba un torso circular, prieto, de carne maciza y musculosa.

Nunca había visto Mireya a un verdugo, pero inconscientemente creyó ver en aquel siniestro gigante a un ejecutor. Vaciló, y, doblándose hacia adelante, habría caído de no sujetarla Cheij Khan.

—Llévala al camarote azul, Tartar. Átale las manos... pero

galantemente, con tela de seda.

El gigante llevóse a la desvanecida, reapareciendo poco después., y quedándose ante Cheij Khan, inmóvil, adoptó su postura favorita, doblando los brazos a la altura del pecho y adelantando los codos.

—He declarado al pirata francés mi decisión de navegar libremente. No puedo soportar seguir las instrucciones de otro. Desde este instante, el "Islam" tiene proa libre, Tartar. Indudablemente, el francés y su lugarteniente, tratarán tarde o temprano de hundirnos. ¿Lo crees posible?

—El velero mejor que los mares surca, flota hasta que se hunde, Chacal Cheij.

—La gravedad de tus sentencias es innegable. Tartar. Acato tu mayor experiencia en lides de mar. ¿Debimos seguir andados aquí, buscar otro puerto, o salir al mar abierto?

—Barco anclado mal se mueve, Cheij Khan.

—Al Oeste la Legión del Mar, al Este Leblond y su lugarteniente. Al Sur me alejo del conde Ferblanc y al Norte también. ¿Qué rumbo señalarías, Tartar?

—La rosa de los vientos tiene muchos pétalos. Si esperas un pronto ataque, navega por el litoral hacia el Oeste, sin llegar a los pasos del Caribe.

—Manda, pues, la maniobra y que los artilleros estén siempre dispuestos. Los joasmes empiezan a impacientarse. Vete, Tartar, que ahí viene el viejo sensato.

Harbin-el-Neid había acatado el mando de Cheij Khan, tras muchas discusiones. Le conceptuaba dotado de poderes mágicos... pero no le perdonaba que siendo un mozalbete se le hubiera impuesto ante toda la tripulación que antaño le veneraba como único consejero y aumentaba su agriedad el reconocer íntimamente qua por la fuerza de la palabra había sido vencido.

Mesándose la larga barba blanca y rala fue a saludar a usanza árabe al capitán del "Islam".

Tenía toda la taimada circunspección de su raza...

—Mucho luce el sol en estos mares, Chacal Cheij.

—El fuerte sol de Arabia curtió tu tez, viejo sensato.

"Viejo" era elogio, porqué denotaba experiencia. Sonrió Harbin-el-Neid:

—Tres veces he vivido antes de tú nacer, Chacal Cheij.

—Recuerda el proverbio, Harbin: “Cuando el anciano nos habla de sus años, teme volverse niño, que es su destino, porque nacer y morir son dos extremos que se tocan”.

El velero empezó a mecerse libre de ancla.

Harbin-el —Neid mesóse la barba, meditativo. Más que nunca había decidido hablar tan sólo cuando hubiera pesado con cautela sus respuestas.

—También el proverbio dice que el joven respeta al anciano, porque del consejo viejo saca provecho la juventud.

—Dar rodeos, Harbin, es pérdida de tiempo. ¿Qué deseas saber y preguntar?

—Prometiste pelea y botín, Chacal Cheij, y hasta ahora no liemos robado más que provisiones, sin dar muerte a ningún infiel.

—El galgo que se precipita, saca la lengua y tropieza. Es de viejos tener paciencia y mi espíritu es infinitamente más viejo que el tuyo, Harbin.

—Los valientes joasmes murmuran que un joasme que no mata cuando menos un hombre por día merecería llevar velo cubriendo su rostro.

—Un año tiene muchas horas, Harbin. Yo os daré ocasión de que en pocas horas matéis a más de diez por barba. No dejo de cumplir lo prometido y bien lo sabes.

—Los valientes joasmes se purifican quemando resinas, porque una infiel ha pisado la cubierta del “Islam”.

—Es rescate. Vale mucho oro.

—¿Puedo decir a los joasmes que emprendemos rumbo hacia lucha, pillaje y matanza?

—No mentirás. El rumbo del “Islam” tiene esta meta.

* * *

Mireya de Ferjus habíase desmayado al sufrir el choque emotivo de la presencia de Tartar, que elocuentemente, con su solo aspecto, le representó un mundo cruel e implacable…

Un mundo flotante, que sería tumba de Carlos Lezama…

Recuperó pronto el sentido al percibir en sus muñeras el roce de una tela sedosa. Vióse maniatada por el tártaro…

El camarote era espacioso y enteramente tapizado de tela azul. El mobiliario lo componía el lecho amplio, dos escabeles, una mesa,

un porta-jofaina y el diván en que estaba ella.

Abrióse la puerta y entró Cheij Khan que, sentándole en uno de los escabeles, miró en silencio a la prisionera.

—¿Por qué mis manos están presas? ¿Temen tus valientes piratas que pueda yo una mujer, atacarles?

—Temo que puedas darte muerte y no lo deseo.

—Mi religión me impide matarme. Me es molesto estar así. No puedo huir. Libera mis manos.

—Creer en promesas de mujer es fiar que el viento sople siempre en la misma dirección.

—Cortos son tus años para alardear de escepticismo.

—Muchas, de mis frases son repetición de otras oídas. Esta pertenece al abuelo de “Ojos de Plata”.

—¿Qué años tienes, Cheij Khan?

—Crees estar en tu salón conversando amigablemente. Tu tono es casi protector. Alardeas tú de serenidad...

—Lección que recibí de mi esposo. No puedo creerte un asesino do mujeres, Cheij Khan.

—Tu voz es blanda, pero error cometes al pensar que puedes ablandarme. El renegado Pirata Negra pagará su crimen imperdonable.

—Él no mató a tus padres.

—Así me lo dijo el antiguo corsario Hart Mulliner.

—Mi esposo siempre mató en duelo y en lucha. No pudo, por tanto, dar muerte a la que te engendró. ¿Qué edad tienes, Cheij Khan?

—¿Por qué deseas saberlo?

—Tu frialdad es de vejez de alma, pero hay adolescencia en tus modales. Tus músculos son de fibra, pero tu frente tersa dice de pocos años.

—Veintidós años ha que nací en un oasis de Mogador.

—Debe haber en tu alma un rincón sin mancha, Cheij Khan. Yo quiero que, antes de luchar, converses con el conde Ferblanc.

—No pienso darle muerte sin anunciarle el por qué. Contigo mismo, conversando estoy. A veces tengo hartura de estar a solas, encerrado en mí mismo.

—Diego Lucientes., el hombre agradable y leal, al que intentaste dar muerte, hablaba bien de ti.

—¿Intenté dar muerte? ¿No pescaron su cadáver en el río?

—Diego Lucientes vive... Ha poco se despidió de mí, para marchar hacia la Costa Dorada.

Cheij Khan sonrió y ahora no había perversidad en su gesto. Entornó los párpados.

—Grandeza de alma supo demostrarme don Diego Lucientes. Por eso tanto más le reprocharé haber creído que pude yo atacarle alevosamente.

—Pareces sincero, pero decía... oí decir que tú mismo confesabas que tanto aprendiste el arte de mentir, que no sabías cuándo decías verdad o mentías.

—Yo sí lo sé. Los que me oyen, no. Creo que a don Diego Lucientes le tomé afecto.

—Y él a ti, Cheij Khan.

—¿Pretendes ampararte en la figura de mi amigo, para intentar salvar tu vida?

—Piensas que en todo late un interés, Cheij Khan. Te hablo porque hasta no verlo, no te creo capaz de maldad consciente.

—Eres inteligente, marquesa do Ferjus. Debiste brillar mucho en la corte. Me halaga tu opinión y como también me ofende, procuraré darte un mentís. ¿Por qué supones que me llaman “El Chacal”?

—Tú mismo te esfuerzas en convencerte de que eres malvado.

—¿Como el niño que jugando con lagartijas, las insulta, porque le asustan? Falló tu penetración ahora, marquesa. Odio a todos los humanos, porque sólo encontré traición, concupiscencia y maldad. Mataron mi alma, después de endurecer mi cuerpo torturándolo. A la edad que otros oían leyendas, de labios de sus madres, yo domaba fieras y recibía por recompensa látigo, tinieblas y soledad. Odio a todo ser que ampare su maldad en la razón, porque las fieras con sólo su instinto, son mejores que los seres humanos.

—Diego Lucientes es un ser humano.

—Él supo darme calor de amistad. Algún día le veré... ¡Y pruebas podré darle de que yo no le herí!

Levantóse Cheij Khan para arrancar de manos de Mireya la tela que aprisionaba sus muñecas.

—Volveré a hablar contigo. Me gusta oírte. Comprendo por qué siente tanto amor hacia ti el conde Ferblanc. Creo... que eres buena,

y como decía maese Huarte, eres princesa por grandeza de corazón. Pero… no deduzcas erróneamente. Quizá a ti no te dé muerte, pero no hay perdón para el conde Ferblanc.

—Suponiendo que puedas darle muerte, será dármela a mí sin tocarme, Cheij Khan.

Abandonó el hijo del Pirata Negro el camarote, y poco después entraba en el compartimiento donde Lyon d'Arcy yacía tras una jaula.

Esta vez, no aulló el gascón, porque las primeras palabras de su torturador eran extrañas:

—No mataste a Diego Lucientes, que vive y en su busca iré algún día. Puedes volver a ser libre, Lyon d'Arcy, si te confiesas autor del ataque a Lucientes.

Lyon d'Arcy rió y su rostro tuvo una sincera expresión de bobalicón. Mostró dos de sus dedos abiertos.

—Dos Diegos, dos Diegos —canturreó—. Dame comida, amigo. Tengo hambre…

Su voz era casi inaudible y de pronto emitió un aullido débil. Ladeó la cabeza y quedóse babeando…

Subió Cheij Khan al puente de mando, interpelando a Tartar:

—Dijiste hace días que el enjaulado estaba loco y no lo fingía. No lo creo.

—Está loco y no lo finge, Chacal Cheij. Pero no solo eso, sino que debes apresurarte si quieres terminar tu venganza, porque poca vida llamea en la antorcha del enjaulado.

—Come a su hambre.

—El miedo le ha dado agonía que ningún hombre podía resistir. Puedo afirmarte, Chacal Cheij, que tu enjaulado no vivirá para ver el rayo plateado de la próxima luna.

Partió Cheij Khan y al acercarse a la jaula, cogió por el cuello al demente, que cloqueó riendo.

—Tú vas a morir, Lyon d'Arcy, y quedas libre. ¡Y yo quedo sin defensa! Sólo mis palabras… y no me prestan crédito, porque una vez mentí infamemente… ¡Hasta tu último momento me has perjudicado, Lyon! Porque yo solo te he dado muerte y tú me dejas vivir, atormentado por la acusación de los crímenes que tú cometiste y habiendo muerto mi ilusión al morir Gabrielle…

Soltó el cuello del gascón y salió del compartimento. Por espacio

de tres días no se presentó en el camarote de Mireya.

La noche anterior había muerto Lyon d'Arcy…

Mireya de Ferjus habíase decidido a arriesgarse. Ella, prisionera, suponía el mayor peligro para Carlos Lezama, que acudiría sin escolta, donde le indicara Cheij Khan. Y la lucha entre los dos hombres, sería fatal… porque espeluznada recordó las narraciones que hizo Diego Lucientes, del soñador chacal convirtiéndose en huracanada fuerza dé salvaje ímpetu…

—Si yo te proporcionara una inmensa sorpresa, una inesperada revelación que te pusiera camino de la regeneración, o al menos, aminorara tus remordimientos, que son quizá los que te impulsan a cometer acciones sangrientas, ¿qué me darías a trueque?

Cheij Khan cruzóse de brazos:

—¿Qué ardid femenino has fraguado, inteligente marquesa?

—¿Me darías libertad y se lo comunicarías al conde Ferblanc, si yo te proporcionara el encanto de un milagro?

—Desvarías, mujer. Nada hay que pueda parecerme milagro. En nada creo.

Señaló Mireya el tapizado.

—Azul… Un color bonito, "Chacal". Color del mar. Color del cielo. Color de los ojos de Gabrielle… Y es el suyo un azul cambiante… Es profundo como lago sin fondo, cuando piensa. Claro y suave cuando habla de algo que la emociona. Triste y con nubes obscuras, cuando te recuerda, llorándote por muerto. Te sigue queriendo, "Chacal".

Cheij Khan crispó los puños:

—No creo en milagros, Mireya de Ferjus, pero tildo de irreverente hablar de una muerta, como si recientemente la hubieras visto.

—Me besó en ambas mejillas al despedirse para ir a la Costa Dorada… Cuando tus ojos arden, Cheij Khan, eres un ser con alma… Está reponiéndose de sus pesares y se achaca la culpa… por no haber permitido que su amor se sobrepusiera a su dignidad herida por tus primeras mentiras…

Cheij Khan alzó una mano como si quisiera detener las palabras que pronunciaba Mireya.

—No miento, Cheij Khan.

—Un pastor, casi un niño, me dijo frente al castillo de Civry, que

ella había muerto. No mentía...

—En Francia, cuando una mujer ingresa en convento, la gente inculta dice que ha muerto. Gabrielle, a raíz de la tragedia, con la que tú ensangrentaste el bosque de Civry, partió a un convento de la ciudad de Brujas. ¡Vive...! ¡Está ahora en la ciudad de Bogotá, en la tierra llana de la Costa Dorada!

Salió bruscamente Cheij Khan del camarote. Respiraba entrecortadamente, y su pecho ascendía fatigosamente. como en busca de aire.

Llevóse las manos engarfiadas al rostro y un ronco sollozo quebróse en la garganta...

—Gaby... Mi muñeca adorada —murmuró.

Tardó minutos en recuperar el dominio de sí mismo. Y volvió a ser el desdén y la indiferencia las que hablaron por su boca al decir, entrando en el camarote:

—Si me has mentido, sabrás que tu crueldad ha sido refinada y... refinamientos inventare para hacerte pagar el veneno que has destilado en mis venas, al hacerme creer por unos instantes que puede Gabrielle Lucientes volver a mira mié. Si has dicho verdad, serás libre y así lo comunicaré a tu esposo.

—¿Qué piensas hacer?

—Comprobar tu aparente verdad.

El “Islam” tiene ya un rico botín en perspectiva: ella como reina de mi nave. Si has mentido, la Costa Dorada pagará también caramente la última maldad de un ser humano, al jugar con mi alma lacerada.

—Mi esposo debe conocer tu rumbo.

—Lo sabrá.

—Puedes escribirle que quedaré libre cuando encuentres a Gabrielle.

—Puedo. Quiero que, si es posible, en mi combate con el conde Ferblanc, no se mezcle el señuelo de una mujer... que parece buena, si no es artera y falsa.

Tartar recibió la orden del capitán del “Islam”:

—Proa a la Costa Dorada, Tartar.

—Ignoro qué costa es esa, Chacal Cheij.

—Da frente a la ciudad de Bogotá... Consulta las cartas que poseía el antiguo capitán del navío.

Minutos después, tras estudiar el mapa escrito en español, señaló Tartar las letras de oro que frente al litoral sudamericano occidental decían: “Costa Dorada”.

—Largo es el viaje, Chacal Cheij. Tú mismo puedes juzgar.

—Larga ha sido la noche… Y si hay un amanecer, quiero conservar esta última ilusión largo tiempo. Por eso mismo, cuanto más largo sea el viaje, más larga será la ilusión…

Tartar no hizo comentario alguno, pero su aguda percepción, notó un contenido entusiasmo en la voz de Cheij Khan.

Y su mente forjó una sentencia:

“Si en la Costa Dorada, algo o alguien suscita emoción en el joven chacal poderoso, poro insensible, milagrosas serán las aguas de la Costa Dorada”.



PRINTED IN SPAIN

Precio de este ejemplar:


El PIRATA NEGRO
Arnaldo Visconti
LA COSTA DORADA
PROVENSAL



